

**CONFLICTOS DE IDENTIDAD Y VIOLENCIA POLÍTICA:  
UNA REFLEXIÓN TEÓRICO-METODOLÓGICA QUE PERMITE EL  
ANÁLISIS SOCIOLÓGICO DEL PROCESO HISTÓRICO DEL  
SURGIMIENTO Y LA DISOLUCIÓN DE LA VIOLENCIA EN EL PAÍS  
VASCO<sup>1</sup>**

**Alfonso Pérez-Agote**

Catedrático emérito de Sociología  
Universidad Complutense de Madrid (TRANSOC)  
<https://www.alfonsoperezagote.com>

**PRIMERA PARTE  
LOS CONFLICTOS SOCIALES SOBRE LA IDENTIDAD. CON PARTICULAR  
REFERENCIA A LA IDENTIDAD NACIONAL**

**1.- Conflictos sociales de identidad colectiva**

En principio, todo conflicto social lleva implícito un cierto problema de identidad. Todo conflicto social tiende a convertirse en un conflicto entre dos polos. Cuanto mayor sea la intensidad del conflicto mayor será la cohesión en el interior de cada una de las partes; y, viceversa, cuanto mayor sea la cohesión interna en el interior de cada una de las partes mayor será la conflictividad. En este sentido, todo conflicto social es - o tiende a convertirse en - un conflicto entre identidades.

Dentro de los posibles tipos de conflictos sociales hay algunos cuya definición se da principalmente en términos de identidad social, étnica o política. Como ejemplo podemos pensar en un conflicto racial entre blancos y negros en una ciudad norteamericana. Si nos fijamos, podemos observar cómo este conflicto racial sigue siendo un conflicto entre identidades y no es un conflicto de identidad. Están muy claras en el panorama social las dos identidades colectivas que, en esos momentos históricos en que este conflicto polariza la vida social, están en conflicto. Es más, el conflicto es un mecanismo, dentro de cada identidad colectiva, de mutuo reconocimiento interno y de reconocimiento de la identidad de los otros; es decir, que el conflicto entre identidades es una importante forma de objetivación social de la identidad colectiva. Lo que añaden estos conflictos específicos

---

<sup>1</sup> Este texto es producto del programa de investigación “Sov – Sortir de la violence”, realizado con el apoyo de la Agencia Nacional de Investigación francesa (proyecto ANR-16-CE39-0010).

entre identidades que tiene cualquier conflicto social, es que su definición social se hace directamente en relación con la identidad, en términos de identidades colectivas.

Pero todavía hay otro tipo de conflictos en relación con la identidad que plantean problemas específicos. Y son, justamente, aquellos conflictos sociales que versan sobre la identidad. Son los conflictos de identidad. Por el momento podemos decir que son conflictos sobre la definición de una realidad social que concierne a las partes contendientes en el conflicto. De este tipo es el conflicto entre el País Vasco y el Estado español. En el País Vasco, en la actualidad, un conjunto de ciudadanos vascos se definen como miembros de la nación vasca, considerando que no son españoles, pues no se sienten como tales, y pretenden formar un Estado nuevo, un Estado única y exclusivamente vasco; y dentro del mismo País Vasco hay otros ciudadanos que se sienten vascos y también se sienten españoles y quieren seguir perteneciendo al Estado español; esta última parte de “vascos españolistas” mantiene la existencia de una identidad colectiva que comprende a los miembros de su parte y a los de la otra, lo que es incompatible con la identidad colectiva mantenida por los que se consideran solamente “vascos nacionalistas”. El caso vasco es un conflicto sobre la identidad. En estos casos se dan dos formas de identidad con distinto grado de radicalidad; los vascos españolistas se sienten identificados entre ellos (una dimensión de la identidad) frente a los vascos nacionalistas, y piensan que éstos también son españoles, como ellos (otra dimensión de la identidad).

Esta conflictividad pone de relieve la complejidad derivada del tema de la inclusividad de las definiciones sociales de las realidades colectivas. Aparte de que toda definición de realidad social lleva implícita una categorización en términos de inclusión-exclusión, la inclusión a veces es definida comprendiendo no sólo a quienes mantienen la definición en cuestión, sino también a los que no están de acuerdo con ella. Este fenómeno es socialmente posible por el hecho de que los actores definen su identidad colectiva haciendo llamada a características objetivas que, para ellos, van más allá de la posible existencia de la conciencia de identidad.

En una palabra, los actores intentan perfilar objetivamente el límite de su identidad colectiva, más allá de que todos los que posean esa característica tengan conciencia de identidad. Como otros no comparten esa definición y mantienen su propia definición objetivante, puede darse un conflicto sobre la identidad. Este caso es muy frecuente cuando se dan definiciones territoriales de la identidad colectiva, porque puede que entre los individuos que viven en ese territorio no se dé unanimidad en la definición de la identidad colectiva, compitiendo dos o varias definiciones en términos de la identidad colectiva de la población que habita en la entidad territorial<sup>2</sup>.

---

<sup>2</sup> Todavía se puede dar un mayor grado de complejidad; por ejemplo, cuando en un territorio como el vasco que forma parte del territorio correspondiente al Estado español se dan otras posibles formas de identidad

## **2. El recurso a un elemento objetivo preexistente a la conciencia de identidad y la sacralización de la historia**

Las elites productoras y difusoras de la identidad en cuestión fundan la identidad en ese elemento como si fuese directamente determinante y, por lo tanto, como si esa identidad colectiva existiese objetivamente antes de que los así definidos tuviesen conciencia de esa identidad. Pero ningún elemento produce directa e inevitablemente una identidad colectiva basada en él.

El hecho de que la conciencia nacionalista no sea la proyección subjetiva de unas diferencias objetivas pone de relieve la importancia de los mecanismos de producción y reproducción de la conciencia (papel de las élites intelectuales, de la educación familiar, del sistema de enseñanza, de los medios de comunicación de masas, etc.; importancia de los hitos históricos, de los rituales de mantenimiento de la conciencia y de los símbolos en general).

Dice Kohn que “las nacionalidades solo surgen cuando ciertos lazos objetivos delimitan a un grupo social. En general, una nacionalidad tiene varios de esos atributos; muy pocas poseen todos ellos. Los más frecuentes son: descendencia común, idioma, territorio, entidad política, costumbres, tradiciones y religión. Un examen breve, continúa diciendo Kohn, bastará para mostrar que ninguno de ellos es esencial a la existencia o a la definición de la nacionalidad” (Kohn, 1949, 25). Estas apreciaciones de Kohn, muy correctas, encierran varias ideas fundamentales. La primera es que no hay ningún elemento que sea esencial para la existencia de una nacionalidad; si tomamos cualquiera como tal, tendríamos que reconocer que ni todos los agregados que poseen tal elemento muestran conciencia de nación, ni todos los agregados que muestran conciencia de nación poseen tal elemento. La segunda es que sí es esencial la existencia de algún elemento. La tercera es que hay elementos más plausibles, frecuentes, recurrentes. Y, por último, se puede dar la paradoja de que la reivindicación de la nación y de la lengua diferencial deba ser hecha, para ser comprendida por la población, en la lengua que la está sustituyendo, por ser la lengua difundida por el Estado - aunque no solamente por él - a través de sus potentes mecanismos de *nacionalización* de la población.

---

política en discusión; es el caso del territorio de Navarra donde concurren diversas formas de identidad política: simplemente vasca, vasca específicamente navarra, simplemente española, española específicamente navarra. Pero, además, se da, sobre todo en las formas de identidad colectiva vasca y no española una referencia identitaria a la población vasca que habita el territorio vasco perteneciente al Estado francés; y, por último, cabe añadir la referencia a la población de origen extranjero - africano, por ejemplo - recientemente inmigrado al territorio vasco interno al Estado español, fenómeno social que ha producido transformaciones sutiles en las formas expresivas de la identidad vasca. El proceso al que dedico mi análisis en este trabajo es el referido a lo que podemos llamar el tronco principal en el que se ha producido el fenómeno del nacimiento y de la desaparición de la violencia militar vasca contraria al Estado español.

### 3. El caso de la identidad nacional

El nacionalismo es el movimiento social que tiende a difundir socialmente la definición, en términos de nación, de una realidad social, lo que puede dar lugar a un proceso performativo de esa nación. En este sentido, comparto totalmente la percepción de Liah Greenfeld: el nacionalismo es un fenómeno cuya naturaleza está determinada no por el carácter de sus elementos, los llamados factores objetivos, sino “por un cierto principio organizativo que condensa estos elementos en una unidad y les insufla una cierta significación” (Greenfeld, 1992, 7). Podemos decir - desde un punto de vista teórico y, por tanto, genérico - que la nación, como principio organizativo que el nacionalismo pretende difundir, es una forma de dar significado, de definir una realidad colectiva. Los elementos en que esta forma se basa pueden ser, en cada caso, diferentes. Por esta razón, ningún elemento es necesario en sí, pero que sí es necesario que exista referencia a alguno. Sobre esta cuestión, caben dos observaciones. En primer lugar, que el elemento que la definición nacionalista pretende hacer significativa para la población puede estar en peligro de desaparición: el nacionalismo puede surgir como consecuencia de la conciencia traumática de la desaparición de un rasgo cultural. En segundo lugar, que todo agregado social (grupo, colectividad) tiene prerequisites lógicos para su existencia. Uno de ellos es la lengua como vehículo de expresión, de comunicación necesario para la difusión y triunfo de la definición. Poniendo en relación las dos observaciones, podemos pensar en un movimiento nacionalista que quiera definir su realidad colectiva en términos de una lengua diferencial que está en peligro de desaparecer. Se da en este caso la paradoja de que la reivindicación de la nación y la de la lengua diferencial deban ser hechas, para ser comprendidas, en la lengua dominante que está sustituyendo a la diferencial y que se constituye así en el prerequisite lógico del agregado social pretendidamente basado en la existencia de aquella lengua diferencial. Es decir, que lengua diferencial y vehículo efectivo de comunicación pueden no coincidir: el gaélico puede tener que ser reivindicado en inglés y el vasco en español. Por otro lado, cuando el sociólogo dice de una forma de conciencia que es traumática quiere dar a entender que se produce repentinamente como consecuencia de juzgar que un acontecimiento actual es causa eficiente de la ruptura o pérdida de algo que está afectivamente protegido. Esta definición de la situación (Thomas, 1923) puede ser falsa o verdadera, como siempre; en mi trabajo de investigación empírica he analizado el caso de la represión política de la lengua vasca por el régimen franquista: esta represión es vivida traumáticamente y así es considerada como la causa efectiva de la desaparición de la lengua vasca, siendo así que este venía perdiendo función comunicativa desde tiempo inmemorial.

La llamada, en el momento actual, a la consideración de un elemento como determinante de una identidad colectiva permite afirmar la existencia anterior de esa unidad social. La consecuencia fundamental a la que nos lleva este planteamiento es a que el investigador deberá dirigir su investigación hacia dos direcciones diferentes. Un agregado social plantea al sociólogo el problema de que debe ser producto de la existencia de un rasgo

común existente en los individuos que forman el agregado. Pero, por otra parte, no hay ningún rasgo que *a priori* produzca *per se*, necesariamente<sup>3</sup>, la conciencia de pertenencia a ese agregado; por lo tanto, tiene que ocurrir un proceso por el cual este rasgo se vaya convirtiendo en el rasgo determinante de esa realidad colectiva. Para que un agregado social logre imponerse como identidad colectiva relevante se tiene que dar un proceso de génesis de esa definición de la identidad y, después, tiene que ocurrir un proceso a través del cual esa definición de la identidad vaya siendo adoptada por la población como definición dominante, en función de la creencia en venir determinada directamente por la posesión de ese rasgo común.

#### **4. El papel fundacional de la Historia Nacional en el proceso de modernización**

Tiryakian dice que la Historia “se convirtió en una disciplina privilegiada en el siglo XIX para dar un sentido de unidad subyacente en épocas pasadas que apuntaba a la unificación nacional y la identidad en el *telos* de la acción colectiva: Michelet para Francia, Prescott para los Estados Unidos, Macaulay para Gran Bretaña, Treitschke para Alemania son figuras representativas de los historiadores nacionalistas en este contexto. Y junto con la ‘historia’, otros aspectos de la cultura estuvieron involucrados en la consolidación del Estado-nación, por ejemplo, la poesía y la música (esta última en forma de himnos patrióticos, himnos nacionales y, por supuesto, óperas, como las escritas por Verdi y Wagner). (Tiryakian, 1989, 148) Los Estados nacionales europeos en el siglo XIX privilegian la Historia, como Historia Nacional, en la que subyace el supuesto de la unidad existente desde el origen de lo que no es sino un resultado histórico.

La difusión social de la idea y del sentimiento de pertenencia a una comunidad nacional concebida como inmemorial de una población - generalmente de origen objetivamente multicultural - por medio de mecanismos sociales es un aspecto central del proceso de modernización cuyo agente principal era el Estado, como dice Albrow (1997, 200), para quien la modernización fue un proyecto, uno de cuyos objetivos principales era la difusión de la creencia en el pasado como un todo unitario y en la sociedad como una realidad social total progresivamente homogénea desde el punto de vista cultural. Pero, como sociólogo, es necesario añadir otro aspecto, muchas veces soslayado por los historiadores, pero subrayado por Foucault, cuando glosando a Nietzsche, afirma que “la Historia será efectiva en la medida en que introduzca lo discontinuo en nuestro mismo ser. (...) Lo que se encuentra en el comienzo histórico de las cosas, no es la identidad, aún preservada, del origen, es la discordia de las otras cosas, es el disparate (Foucault, 1992, 10-20). Esta

---

<sup>3</sup> Ni siquiera la lengua es necesariamente ese elemento; es necesario que exista una lengua común para que pueda existir intercomunicación entre los miembros del agregado, pero pueden darse casos en los que la lengua diferencial haya llegado a ser tenida como tal por estar sometida a un proceso de desaparición por la dominación progresiva de otra lengua, sobre lo que más tarde volveré. Y también puede pensarse en la falta de conciencia de identidad colectiva entre poblaciones que hablan la misma lengua, pero no la activan como base directa de su identidad colectiva políticamente relevante. En el epígrafe 8 proseguiré con este tema de la lengua común desde el punto de vista fenomenológico.

visión está montada sobre la pasión destructora de los mitos que para Nietzsche protegen las certidumbres. La función legitimadora de la Historia consistió en la modernización en afirmar la existencia desde el origen de lo que no es sino un producto, un resultado histórico; según esta visión nacionalista, la nación existiría desde el origen y en la modernidad democrática lograría darse a sí misma una estructura política representativa. Sin embargo, para la ciencia social, la nación es un resultado histórico moderno montado, cuando el proceso es exitoso<sup>4</sup>, sobre la creencia, más o menos difusa, en su existencia desde orígenes más remotos. Este doble aspecto de la realidad es la que me lleva a afirmar la necesaria duplicidad metodológica. El doble modelo, fenomenológico y genético, permite al investigador adentrarse con precisión en este territorio empírico tan delicado.

Pero la nación es un producto histórico moderno. Del mayor o menor éxito en la difusión de esta idea de Nación dependerá el surgimiento o resurgimiento de nacionalismos periféricos, de colectivos que lancen la idea de otra Nación contra aquel Estado. Por estas razones, Nisbet ha podido afirmar con rotundidad que “the nation is the offspring of the state” (Nisbet, 1973, 164)<sup>5</sup>. Este es, a grandes rasgos, el modelo ideal de Estado que se construye en Europa occidental en la modernización: el Estado nacional democrático. La nación no existía, el Estado tuvo que construirla a través de mecanismos sociales varios: el sistema nacional de educación, que transformaba a los analfabetos en su lengua materna en alfabetos en lengua nacional, las guerras con el exterior, el servicio militar obligatorio...

## **5. Consecuencias metodológicas: el doble momento fenomenológico y genético**

Mi planteamiento teórico sobre la identidad colectiva<sup>6</sup> de una población, en términos de arbitrariedad lógica y determinación social de los fenómenos sociales en general y de la formación de agregados sociales en particular, tiene como consecuencia metodológica una aproximación directa a los procesos de formación de identidades colectivas basada en dos momentos metodológicos fundamentales: el fenomenológico y el genético, ambos ineludibles.

- 1) Si la eficacia social, en el sentido expresado de determinación del comportamiento, de una idea no depende en particular de su mayor o menor veracidad, sino de la capacidad

---

<sup>4</sup> Los llamados nacionalismos periféricos son el resultado patente de la falta de éxito en el proceso de nacionalización de la totalidad de la población que habita el territorio estatal.

<sup>5</sup> Las dos excepciones europeas, Alemania e Italia en las que la idea nacional es anterior a la unificación territorial no hubieran sido seguramente posibles sin un contexto europeo en el que imperaban los procesos de construcción de la idea de que la población del Estado era una nación y de difusión por ese Estado de la idea y el sentimiento nacionales por todo el territorio.

<sup>6</sup> Bien entendido que no estoy cayendo en la creencia en la universalidad de lo que Merton (1980, 378-380) llama el “síndrome de Sumner”. Efectivamente, no todo grupo es un intragrupo opuesto a un extragrupo, pues existe la posibilidad de referencias positivas a grupos de no pertenencia, así como de referencias negativas a grupos de pertenencia. Con ánimo simplificador, hago aquí especial hincapié en los grupos de pertenencia.

que se tenga para imponerla como verdadera a través de mecanismos sociales, entonces el momento fenomenológico garantiza la inexistencia de juicio de cientificidad sobre las imágenes o creencias sociales que el sociólogo toma como objeto de análisis; juicio que, en este momento analítico, sería tan de valor como el basado en la moralidad, la justicia o la conveniencia política; los actores sociales mantienen y reproducen definiciones de las realidades colectivas que constituyen hechos sociales independientemente de que sean verdaderas o falsas; son sus creencias, que, además, determinan su comportamiento; e, incluso, pueden adquirir carácter performativo, ya que, en su caso pueden producir, generar la realidad que definen anticipadamente como existente.

- 2) El otro momento, el genético, garantiza, por el contrario, el alejamiento de una posición idealista, al considerar las imágenes, creencias, etc., como variables dependientes, acercándonos a sus determinaciones objetivas y a los mecanismos sociales que operan su producción y reproducción. La consideración de ambos momentos es necesaria, pues, en un extremo, ignorar los fetiches y las ilusiones de una época es ignorar aquello que mueve a los seres humanos, y, en el otro extremo, reconocerlos como realidad única sería reconocer que no hay mejor sociología que el sentido común, en el sentido más estadístico que podamos otorgar a la expresión.

## **6. La nación como hipóstasis: el carácter esencialista de la conciencia de pertenencia**

En el caso de la nación, sus miembros ponen de manifiesto que en ella se dan una serie de características concretas, de elementos más o menos precisos que hacen que ese agregado social sea para esos miembros no simplemente una colectividad genérica, sino una específica llamada nación, de la que predicen una capacidad cierta de legitimación política.

Esto implica que los miembros del agregado hacen una definición de una realidad colectiva y generalmente lo hacen en términos esencialistas, hipostáticos. Su nación es el conjunto de individuos que tiene determinadas características. Pero los discursos nacionalistas hipostasian la existencia del grupo más allá, incluso, de los elementos definidores. Y ello es necesario porque puede pasar, en los casos más complejos, que, por un lado, no todos los que poseen los elementos definidores se sientan miembros del agregado y que, por el otro, no todos los que se sienten miembros de ese agregado posean esas características. Esta sobre-hipostatización del grupo más allá de las características definidoras es algo muy patente en los casos de los nacionalismos periféricos a los Estados-nación occidentales<sup>7</sup>. Esto es lógico, porque en la nación de los Estados-nación

---

<sup>7</sup> Alguna vez he puesto como ejemplo, para el caso de la identidad política vasca, una expresión atribuida al escultor Jorge Oteiza: “Soy vasco porque siento la angustia de no hablar euskera”. Que es una preciosa expresión identitaria, cosificadora de la identidad; una expresión que muestra una visión metafísica de la

esta sobre-hipostatización viene dada por la existencia del Estado, que objetiva como realidad nacional la realidad social existente dentro de sus fronteras. La inexistencia de Estado objetivador, en el caso de los nacionalismos periféricos lleva a otro tipo de hiper-hipostatización de la nación: la consideración de que se trata de algo cuasi-natural, de una entidad objetivamente existente desde tiempos inmemoriales; los rasgos característicos de la nación en cuestión son, para los miembros, los rasgos de ese grupo inmemorial, más allá de que los miembros concretos posean esos rasgos en la actualidad. Esto es preciso que sea así, porque, precisamente, la conciencia nacionalista periférica es la conciencia traumática de la pérdida de algún pretendido rasgo. La conciencia nacionalista tiene entonces que afirmar la existencia esencial de los rasgos más allá de la existencia concreta. La conciencia nacionalista periférica es el resultado, por un lado, de la falta de éxito de los mecanismos y del proceso de socialización de la idea de la nación del Estado-nación, y, por el otro, de crisis sociales que, al ser vividas traumáticamente, hacen significantes algunos rasgos sociales en términos de identidad política<sup>8</sup>.

Un problema que se plantea en relación con lo anterior es el de la relación entre conciencia nacionalista y nación. La idea de nación es vehiculada por un conjunto de individuos que tienen conciencia nacionalista. Estos definen el agregado social al que pertenecen no en términos de conciencia de pertenencia, sino de rasgos objetivos del agregado e, incluso, hiper-hipostatizan este agregado. Esto quiere decir que el movimiento nacionalista no define solamente al movimiento mismo, sino que pretende definir una realidad social en términos de nación. Pero entonces podemos suponer que habrá otros individuos que, estando comprendidos en la definición nacionalista, no definirán la realidad social en los mismos términos. El caso paradigmático que podemos plantear es el de un nacionalismo periférico de un Estado-nación en el que se da un movimiento nacionalista disgregador suficientemente implantado; encontramos dos definiciones de la realidad social en cuestión que compiten para imponerse como única definición social verdadera, puesto que cada definición no sólo comprende a los que la hacen sino también a los otros<sup>9</sup>. La definición nacionalista periférica afirma que todos los que viven sobre el territorio y tienen ciertas características forman una nación, objetivamente, aunque no todos lo entiendan y sientan así. Y la definición nacionalista central afirma que todos los que viven sobre el territorio en cuestión son parte de la nación del Estado nacional. Esta situación puede ser de conflicto larvado o abierto, como cuando el Estado mantiene por la fuerza una verdad oficial; o bien se puede llegar a intentar un pacto, un cierto acuerdo sobre los aspectos simbólicos de legitimación del poder; y, también puede darse una situación

---

identidad: ser vasco y no hablar euskera me produce *per se* un sentimiento angustioso de haber sido privado de lo que soy; de lo que prueba que lo soy; la angustia es, finalmente, la prueba de la identidad.

<sup>8</sup> Un caso prototípico de este problema lo encontramos en el nacionalismo vasco periférico al Estado Español, que hace de la lengua vasca el elemento central de la definición de la nación vasca, siendo así que la gran mayoría de los vascos no poseen la lengua en cuestión: en términos nacionalistas "la han perdido" o "se la han arrebatado".

<sup>9</sup> En este sentido es pertinente la distinción entre conflictos sobre la identidad (que es el caso que estoy tratando) y conflictos entre identidades sociales (caso del conflicto racial en una ciudad).



compleja, mezcla de las dos anteriores, en la que los discursos nacionalistas no sean monolíticos y haya algunos que, por cada parte, acepten el pacto y otros que no<sup>10</sup>.

En relación con los rasgos o elementos distintivos utilizados por los actores sociales para definir la nación, ya ha quedado establecido el carácter arbitrario<sup>11</sup> de la identidad colectiva en general y de la conciencia nacional en particular. Como dice Barth, en relación con los grupos étnicos, los rasgos que éstos tienen en cuenta para definirse a sí mismos no son la suma de las diferencias objetivas, sino solamente aquellos que los propios actores consideran significativos (Barth, 1976, 15). No es posible predecir los elementos en que se va a basar un colectivo para afirmar su identidad y no es posible tampoco predecir la formación de una identidad a través de la simple existencia de un rasgo objetivo. El problema es cómo y por qué un rasgo objetivo se hace socialmente significante y llega a ser elemento definidor de una identidad colectiva.

Por esta razón la cuestión de la veracidad de las definiciones sociales de realidades colectivas no es la más relevante, es una pregunta no oportuna. Y por lo mismo no es afortunada la expresión de Gellner (1964, 169) cuando afirma que "el nacionalismo inventa naciones donde no existen" en el sentido que parece querer darle como de artefacto, de construcción artificial. Se puede admitir la artificialidad de la Nación siempre que no se predique como atributo especial y específico de la Nación, sino como propio de cualquier tipo de agregado social. Por esto creo que es más afortunada la manera de enfocar la cuestión que propone B. Anderson (1983) cuando habla de la Nación como una comunidad imaginada.

En 1960 Rupert Emerson escribía que la afirmación más simple que puede hacerse acerca de una nación es que es un conjunto de personas que sienten que son una Nación, y – continuaba- puede ser que después de un análisis más meticuloso, ésta sea también la afirmación definitiva (Emerson, 1960). Yo suscribiría totalmente esta visión de Emerson, salvo en un pequeño detalle: con *Las formas elementales* (Durkheim, 1968) en la mano respondería a Emerson que la afirmación dista mucho de ser simple.

## **7. La dimensión afectiva de los agregados sociales**

Según Turner (1990, 77) "al menos hay tres niveles de abstracción de categorización del yo importantes para el autoconcepto social". El primero está constituido por el nivel

---

<sup>10</sup> El caso vasco durante el franquismo se podría definir como una situación de verdad oficial impuesta por la fuerza, con un conflicto al principio larvado, pero progresivamente abierto; la Reforma Política española que se da tras la muerte de Franco inaugura una situación de las que he llamado complejas, pues el llamado Estado de las Autonomías supone un cierto pacto sobre la legitimación del poder, pacto que ha sido aceptado por unos, pero no por otros.

<sup>11</sup> Es arbitraria la elección de rasgos distintivos con respecto a un posible concepto teóricamente definido *a priori*, pero no lo es en el sentido de que está determinada por condiciones y procesos histórico-sociales y porque así no aparece como arbitraria a los ojos de los actores.

supraordenado del yo como ser humano y que consiste en determinadas características compartidas con los otros miembros de la especie humana, frente a otras formas de vida. El segundo nivel es el intermedio, compuesto por “las categorizaciones en términos de endogrupo / exogrupo, basadas en semejanzas y diferencias sociales entre seres humanos, que le definen a uno como miembro de determinados grupos y no de otros (Por ejemplo ‘americano’, ‘mujer’, ‘negro’, ‘estudiante’, ‘clase trabajadora’)”. El tercero sería el nivel subordinado de categorizaciones personales del yo, basadas en diferencias de uno mismo con relación a otros miembros del grupo.

En relación con el segundo nivel del autoconcepto, encontramos la cuestión absolutamente central de lo que los sociólogos llamamos identidades colectivas. Desde el punto de vista psicológico se puede decir que este nivel hace referencia a la conciencia de pertenencia a grupos de cada individuo, la cual forma parte indiscutible de su identidad personal.

Pero, ya desde el punto de vista sociológico, es preciso partir de la afirmación fuerte de que una identidad colectiva no es la mera y directa emanación de un rasgo común, como he mostrado anteriormente. La mera posesión de un rasgo común no determina directamente la aparición de una conciencia de pertenencia basada en esa posesión. Ningún rasgo produce *per se* esa conciencia. Para que un rasgo se convierta en un símbolo de pertenencia, es preciso un proceso social que produzca una significación de ese rasgo en términos de identidad colectiva. Es necesario un proceso exitoso: alguien define esa significación, otros la difunden y la significación puede tener éxito o no tenerlo. El éxito máximo se logra cuando el 100% de los que poseen el rasgo acaban creyendo en la significación difundida y sintiéndose miembros de ese grupo<sup>12</sup>.

En este segundo nivel de los señalados por Turner, el de la identidad colectiva, encontramos que el individuo se ve a sí mismo como siendo una serie de atributos. Estos atributos - con una dimensión cognitiva que le dice al individuo lo que es - son materia socialmente construida y aprehendida por el individuo en sus interacciones con otros. Todos los atributos son atributos sociales, en el sentido de que su significación es socialmente construida. Incluso los atributos que tienen una base puramente biológica, como puede ser el color de la piel, son en realidad sociales. Ser negro no es importante en sí; su significación depende del contexto social en el que el individuo vive. Ser negro puede ser insignificante en una comunidad del África subsahariana y puede ser muy significativo en una ciudad de habitantes mayoritariamente blancos. El color de la piel no es el atributo; el atributo está constituido por el citado color en una relación de significación social. Los atributos de los grupos, por ello, son símbolos y, por lo tanto,

---

<sup>12</sup> No voy a entrar aquí en las diferentes formas de agrupación humana en función de la predisposición a ser movilizadas, la existencia de una conciencia de pertenencia y la interacción continuada. Merton (1980) distingue así entre la mera categoría social (predisposición), la colectividad (conciencia de pertenencia) y el grupo (conciencia con interacción)

son siempre sociales. La significación social de un rasgo no es una emanación directa del rasgo mismo, sino que es una construcción social, es el resultado de un proceso social en el que no todos los actores sociales están en la misma posición social a la hora de generar la significación, de difundirla y de alcanzar éxito en la difusión. Por ello es necesario el análisis sociológico de este nivel de la identidad.

De la necesidad de contemplar las representaciones sociales de realidades colectivas, que viven en las conciencias de los individuos, y los procesos sociales de construcción y difusión de estas representaciones, surge la necesidad de observar un doble momento metodológico (Pérez-Agote, 1994) para el análisis de la identidad colectiva. En el momento fenomenológico se constituye la representación y la conciencia en objeto, evitando así todo juicio sobre la veracidad o científicidad de éstas. En el momento genético la mirada se dirige a la producción de la representación, a los mecanismos de difusión social y al proceso performativo por el cual las definiciones sociales de realidades colectivas tienen un cierto éxito, que implica que generan la realidad que definen: el grupo de pertenencia.

Todo agregado social consiste en el hecho de compartir un sentido de pertenencia basado en la creencia en una definición (componente cognitivo) a la que va adscrita una cierta carga afectiva (componente emotivo) y una cierta manera de valorarse y de valorar a los otros (componente evaluativo) (Tajfel, 1984, 264).

## **8. Algunos aspectos de la dimensión fenomenológica de las identidades colectivas**

El momento fenomenológico de la investigación se interesa en la descripción de la conciencia colectiva en una serie de aspectos puramente internos a los actores sociales. Se trata de conocer la conciencia de pertenencia en su triple dimensión - cognitiva, evaluativa y emotiva - definida por Tajfel (1984, 264). El investigador tiene que analizar las características del punto de vista desde el que los miembros de la colectividad de que se trate se comportan y se expresan. Muchas veces estos aspectos permanecen en un estado implícito, ya que implican los presupuestos desde los que se categoriza y define la realidad social, lo que cae de lleno en ese fenómeno consistente en que el punto de vista desde el que un actor social observa y define la realidad social es lo que este actor en principio no puede ver; el punto de vista es la plataforma desde la que el actor entiende la realidad social, ya que interioriza en sus relaciones sociales los marcos que van a conformar sus definiciones de la realidad, su punto de vista, por lo que se hace necesario analizar las relaciones que mantienen los actores con los medios sociales más determinantes a la hora de forjar los marcos cognitivos desde los que se define la realidad social. La carga afectiva que comportan estos medios sociales - la familia, en primer lugar, y el grupo de pares al llegar a la adolescencia y la juventud - protegerá las evidencias desde las que el actor social irá definiendo la realidad en la que vive y su relación con ella.

En primera instancia, es la dimensión cognitiva la más directamente detectable por el observador, aunque no solamente se trate de conocimiento reflexivo, sino también de niveles más prácticos de conocimientos que permanecen en un estado pre-reflexivo<sup>13</sup>.

Parto del supuesto de que las imágenes, definiciones de las realidades colectivas e, incluso, los sentimientos que estas realidades inspiran a los actores no son la simple proyección subjetiva de una realidad objetiva. Más bien ocurre que a través de las múltiples interacciones de la vida social los actores interiorizan maneras de definir la realidad social (y no social) y a través de esta interacción las definiciones se impregnan de afectividad. No todos los actores son iguales a la hora de producir y mantener las relaciones sociales. Como todo, o casi todo, en la sociedad, la capacidad para producir o cambiar las definiciones y el sentido de la realidad no está igualmente repartida. Por estas razones se hace necesario un momento de la investigación - el genético, como enseguida se verá - en el que el sociólogo descubre cómo y quienes producen una determinada definición de la realidad y cuáles son los mecanismos sociales a través de los que esta definición tiene éxito social al convertirse en conocimiento compartido.

Desde la perspectiva fenomenológica nos interesa conocer los elementos en los que los actores se basan para caracterizarse ellos mismos y también nos interesa hacer una caracterización de la identidad colectiva atendiendo a una serie de dimensiones de la identidad. Se puede decir que hay dos elementos genéricamente constituidos que son el territorio y la historia, o, si se prefiere, en términos de Eliade (1973), el espacio y el tiempo sagrados. Mauss (1969, 100-1) habla, por un lado, de la sensación del espacio y del territorio social, y, por el otro, de la noción de descendencia común, que forma el mito. Un tercer elemento que genéricamente podemos llamar constitutivo sería precisamente la utilización por parte de los actores de algún elemento sobre el que definir su diferencia, la llamada a algún rasgo con el que diferenciarse de los otros, y, en particular, de los otros más cercanos. En relación con esta cuestión, mención especial merece la lengua, ya que, como es obvio, un “nosotros”, una identidad colectiva no puede constituirse sin la posesión de un lenguaje común que permita la comunicación colectiva. Esto es verdad, pero ya he aclarado que de esto no puede deducirse que la lengua sea elemento necesario y/o suficiente para la constitución de una identidad colectiva. Ni tampoco que la posesión de una lengua común convierta a ésta necesariamente en signo diferenciador.

Y es que la dimensión lingüística de la identidad colectiva puede presentar aspectos paradójicos. Toda identidad colectiva tiene necesariamente que presentar alguna forma simbólica de comunicación y participación. Cuando hablamos ya de identidades con

---

<sup>13</sup> Cfr. Los niveles de legitimación que establecen Berger y Luckmann (1968, 122 y ss.); y también los distintos niveles de conocimiento que establece Schutz en (Schutz y Luckmann, 1977)

proyección política estamos pensando en identidades con una cierta complejidad y persistencia en el tiempo, y en el sentido de que son identidades colectivas con cierta permanencia histórica y con elementos cognitivos algo elaborados, lo suficientemente reflexivos como para atribuir a esta identidad colectiva un papel cierto en la legitimación o en la deslegitimación del poder político. Este desarrollo cognitivo en el tiempo implica que se debe dar una estructura comunicativa algo compleja y que normalmente puede estar constituida por una lengua común. Esta lengua común, si es diferente de la lengua o las lenguas circundantes puede constituirse en rasgo diferenciador al que los miembros de esa identidad colectiva atribuyen significación diferenciante.

Pero esta situación puede ser aún más compleja y paradójica. En ciertas situaciones de contacto lingüístico, una lengua puede convertirse en dominante y producirse un proceso histórico de pérdida progresiva de valoración social, por parte de los hablantes de la lengua dominada, y, de ahí, generación tras generación, puede producirse una pérdida de función comunicativa de la lengua dominada, medible por el cada vez menor porcentaje de hablantes en esta lengua y por el cada vez menor número de escenarios sociales en los que los aún hablantes en ella continúan utilizándola. Ello puede constituir un proceso poco traumático<sup>14</sup>, al interiorizarse y aceptarse la situación en términos de atribución de valores positivos a la lengua dominante. Pero puede (lo que quiere decir que no tiene necesariamente que ocurrir) llegar un momento histórico en que la conciencia de pérdida de capacidad comunicativa de la lengua sea traumática y la pérdida sea tematizada y valorada en términos negativos, y se reaccione a la sobrepresión social y política en términos de atribución de significación diferenciante de la comunidad<sup>15</sup>. Pero ¿de qué comunidad? ¿De los que son actualmente hablantes o de todos cuantos debieran ser hablantes de no haber existido la presión social y política?

Incluso teniendo presente el carácter especial del elemento lingüístico, podemos decir que los actores, a la hora de diferenciarse de los otros, toman rasgos concretos para hacerlo,

---

<sup>14</sup> Pensemos, por ejemplo, en la política modernizadora en relación con la enseñanza pública en la parte francesa del País Vasco; al entrar en ella y ser alfabetizado en francés (dilecto parisino elevado a lengua nacional francesa), el vasco de corta edad pasaba en términos lingüísticos de ser un vascófono analfabeto a estar alfabetizado y estarlo en una lengua de mayor vigencia, lo que facilitaba en forma importante su necesaria emigración a la hora de acudir al mercado de trabajo.

<sup>15</sup> Pensemos en la zona de Bilbao y sus alrededores a partir del proceso de industrialización que comienza a mediados del siglo XIX y, más tarde, tras la Guerra Civil con la represión directamente lingüística instaurada por la dictadura franquista. También podemos pensar en la escasa repercusión política que la política lingüística de esa dictadura tuvo sobre la población adulta vascoparlante de la zona pirenaica de Navarra y la diferente repercusión que tuvo sobre las siguientes jóvenes generaciones. Por el contrario, en el caso francés y la presión que sobre el euskera llevó a cabo la República, fundamentalmente a través de la instauración de un potente sistema educativo nacional montado sobre la lengua nacional francesa, el trauma lingüístico de la población fue muy débil: para una población fundamentalmente rural de fuerte emigración a zonas industriales más al norte del país su pasaje de analfabetos en euskera a alfabetizados en francés supuso un cambio útil, positivo. Recordemos aquí la política lingüística tan racional puesta en marcha en Francia, sobre todo partir del Abbé Grégoire y su *Informe sobre la necesidad y los medios para aniquilar los dialectos y universalizar el uso de la lengua francesa* (4 de junio de 1794, ante la Convención Nacional).

considerándolos como características propias de su grupo e, incluso más todavía, considerando su identidad como la proyección subjetiva de ese rasgo pretendidamente objetivo. De manera que se puede decir que un elemento constitutivo de segundo orden es aquel que los actores escogen en concreto para diferenciarse. En relación con este rasgo que los actores utilizan para reconocerse entre ellos y diferenciarse de los otros, y siguiendo dentro de la coordenada fenomenológica (interioridad de la conciencia de los actores), podemos decir que los actores utilizan rasgos *objetivables*. Es decir que para ellos debe existir una frontera clara y visible, objetiva, de la identidad con respecto a los otros. En este sentido podemos ver cómo, en el seno de nuestra cultura occidental, el objetivismo más sustantivo (siempre para el actor) ha sido, desde hace mucho tiempo, el de origen biológico, pues una característica biológica de un ser humano era considerada como no alterable, constituyendo una predeterminación de su existencia<sup>16</sup>; sin embargo, en nuestros días se está produciendo un cambio cultural muy fuerte, debido en gran parte al progreso de las llamadas ciencias duras<sup>17</sup> en conexión con ciertos movimientos sociales que luchan por el cambio de significaciones de características biológicas, como las del sexo de las personas. Otra característica fácilmente objetivable, dentro del ámbito cultural, lo constituye la existencia de una lengua diferente de la que desde el Estado se difunde entre la generalidad de la población como lengua nacional; esta lengua diferente plantea con claridad la existencia de una diferencia sobre la que preconizar la existencia de una nación diferente de la definida por ese Estado ya constituido.

En esta fase fenomenológica de la investigación, el investigador toma el elemento genéricamente constitutivo que es la historia en el sentido necesariamente mítico que tiene para los miembros de la colectividad; desde el punto de vista de estos miembros es la creencia que determina su comportamiento; en esta fase la historia es una variable independiente que permite al sociólogo comprender el comportamiento del actor. Los actores, necesariamente, para afirmar la objetiva existencia de su identidad colectiva, tienen que afirmar la existencia de la identidad ya en el origen, abstrayéndose así del hecho de que el agregado al que dicen pertenecer es un producto histórico y que, por tanto, podría no haber llegado a hacerse realidad.

En el otro momento metodológico se tratará de construir no la historia del agregado existente desde el origen, sino la historia de su formación como agregado. De ahí, que en

---

<sup>16</sup> El industrial Ramón de la Sota parece que fue quien más influyó en cambiar de criterio objetivador de la identidad vasca. Sabino Arana, fundador del PNV a finales del siglo XIX, había puesto esta determinación en la raza vasca, pero Sota, pensando en la importancia del mercado español para el desarrollo industrial vasco, influyó abiertamente en el abandono del objetivo de la independencia política y en la adopción de un objetivo menos beligerante, definido en términos de autonomía, lo que probablemente llevó a la adopción de la idea de la lengua vasca como rasgo fundamental de la diferenciación de la población vasca.

<sup>17</sup> Estas ciencias han contribuido a la producción de transformaciones culturales muy fuertes, precisamente en lo que respecta a la concepción de lo biológico como predeterminación objetiva de un tipo de realidad (Pérez-Agote, 2020, 146-148). Pensemos, por ejemplo, en los temas planteados hoy en día en relación con el sexo de una persona y la posibilidad de cambio.

los agregados que se dicen nación se construya la historia sagrada de la nación como existiendo ya desde el origen. De ahí proviene la vertiente crítica desarrollada por Foucault en base a la crítica destructiva que Nietzsche dedica a los mitos de los orígenes. Pero en este modelo metodológico *bifásico* de investigación que propongo, la pretensión de Nietzsche y de Foucault tiene su cabida específica en el momento genético. En el momento fenomenológico la creencia en la existencia del elemento diferenciador del agregado social y en la del propio agregado es constitutiva, en el momento fenomenológico, de la variable independiente desde la que los actores sociales derivan su comportamiento; ignorar este aspecto sería no comprender los comportamientos de los miembros de ese agregado social en formación o ya activo.<sup>18</sup>

### **9. Algunos aspectos de la dimensión genética de las identidades colectivas**

En primer lugar, se debe distinguir entre el modelo descriptivo de la fundación de la identidad colectiva y el modelo de posterior mantenimiento y transformación de la identidad. Probablemente, los mecanismos sociales que funcionen en las distintas etapas sean diferentes.

Con respecto al modelo de la fundación, conviene, a su vez, distinguir entre lo que es la producción de la definición y lo que es la difusión de la creencia de esa definición de la identidad colectiva. Conviene recordar que el fenómeno social de la identidad colectiva es, como ya se indica al caracterizarlo así, algo que pertenece primariamente al mundo de los actores y que, como tal, comienza a ser sociológicamente interesante cuando alcanza una cierta difusión social. Es desde la difusión amplia, general cuando se hace relevante sociológicamente la producción fundacional de la identidad colectiva. En general se puede decir que también aquí se puede esperar que los mecanismos sociales en la producción, donde los intelectuales y aquellas instancias relacionadas con la producción (no la reproducción) simbólica tendrán un papel privilegiado, y en la difusión, que pondrá en funcionamiento mecanismos de difusión de la identidad ya definida. Es preciso recordar aquí que la producción fundacional, al inicio de la elaboración del contenido cognitivo de una identidad colectiva, tiene que hacer llamada a elementos culturales históricamente preexistentes que, sin embargo, no habían producido la aparición de un sentimiento común de pertenencia entre la población que se pretende definir como comunidad.

---

<sup>18</sup> Además, tenemos que darnos cuenta de que, de la misma manera, en el caso de conflicto entre nacionalismo estatal y nacionalismo periférico que los actores del otro sector de la población, los que piensan sobre la población en cuestión en términos de que son parte de la nación correspondiente al Estado ya establecido, están en paralela situación en términos de veracidad de la definición. No se trata de algo que es o que no es sino de algo que se está construyendo; que lo que se dice no es verdadero o falso, sino que se trata de ideas que se generan, y se difunden para hacerse reales; se trata de profecías que pueden tener efecto performativo.

Con respecto al modelo del mantenimiento y de transformación son precisas algunas observaciones. En primer lugar, se trata de una situación posterior en el tiempo, en la que se encuentra la identidad difundida y se mantiene mediante unos mecanismos más o menos normalizados. Por supuesto, no se puede establecer siempre una separación tajante entre fundación y mantenimiento; si bien, en algunos casos, puede darse una larga distancia temporal entre los dos momentos del proceso, lo que llevará al investigador a intentar explicar las razones de esta distancia; Greenfeld (1992, 6) nos señala que la idea de nación como comunidad política se inventa en Inglaterra en el primer tercio del Siglo XVI, y cómo, sin embargo, Connor (1994) piensa que el nacionalismo es un fenómeno que se inicia en la Europa del siglo XVIII. La aparente contradicción no es tal si pensamos en términos de un proceso por el cual unos sectores sociales inventan una definición social de una realidad colectiva, tras lo cual se ponen en marcha una serie de mecanismos sociales a través de los cuales esa definición va siendo adoptada por la generalidad de la población así definida. El éxito de este proceso convierte el nacionalismo en un fenómeno de masas, que es, para Connor, lo realmente relevante desde un punto de vista sociológico.

En segundo lugar, lo que significa la distinción entre fundación, por un lado, y mantenimiento y transformación, por el otro, es la necesidad de prestar atención al paso generacional, entendido tanto en términos familiares, sobre todo cuando la identidad colectiva afecta con intensidad al mundo privado, como en términos socialmente más amplios, relativos a los conjuntos de relaciones externas al mundo familiar, pero ligadas a la edad; y será muy significativa para el investigador la comparación de los marcos de interpretación de la vida social en los que viven los adolescentes que se incorporan progresivamente a la juventud; de forma que son particularmente interesantes para el investigador el ámbito familiar que siguen manteniendo los adolescentes/jóvenes y el nuevo ámbito más público al que se van incorporando generacionalmente durante este proceso. Entre los mecanismos sociales de producción, reproducción y cambio se presentan como más importantes, dependiendo del momento en que se encuentra el proceso, los siguientes: intelectuales, familia, grupos *inter pares*, sistema educativo (especialmente el público en la época moderna), religión e Iglesia, mundo asociativo, medios de comunicación, partidos políticos, empresas<sup>19</sup>.

---

<sup>19</sup> Edward A. Tiryakian, en una alocución en el curso del XIV Congrès International de l' AISLF (Lyon, 6-10 julio 1992) lanzaba la idea de que se dan en nuestra contemporaneidad nacionalismos socio - económicos más que políticos. Y citaba los casos de Japón, Corea y Singapur. R. Dore (1992) consideraba que uno de los éxitos de la economía japonesa en los mercados internacionales era, precisamente, su nacionalismo económico: el hecho de que las firmas comerciales japonesas no se presentaban nunca en el exterior como en competencia sino como japonesas simplemente.



## SEGUNDA PARTE

### LA RADICALIZACIÓN VIOLENTA DEL NACIONALISMO VASCO: DESDE EL SURGIMIENTO DE ETA HASTA SU DISOLUCIÓN

El siglo XIX estuvo atravesado en España por una variedad de guerras civiles entre dos sectores sociales que competían por el trono y que trataban de configurar el poder monárquico en forma radicalmente diferente. Por un lado, el llamado sector carlista, que, bajo el lema “Dios, Patria y Rey”, pretendía la continuidad de la forma tradicional absolutista de monarquía; y, por el otro, el sector más liberal tendente a una reforma progresiva de la institución monárquica hacia formas ligeramente más constitucionalistas pero que seguían apostando por “cartas otorgadas” más que por auténticas constituciones derivadas de la soberanía popular. Pero en ese escenario político surgieron, en dos territorios periféricos (Cataluña y País Vasco), procesos de industrialización que transformaron en forma relevantes esos dos territorios y tuvieron consecuencias importantes para el conjunto del Estado.

El proceso vasco de industrialización estuvo centrado en Bilbao, extendiéndose por la ría hasta su desembocadura siendo progresivamente controlado por la banca<sup>20</sup>. Años más tarde se iría generando en el ámbito guipuzcoano un proceso en gran parte derivado del vizcaíno (Bilbao), menos concentrado desde el punto de vista territorial.

#### **1. La acumulación originaria de capital simbólico: desde los orígenes (finales del siglo XIX) del nacionalismo vasco hasta la Guerra Civil (1936-1939)**

A comienzos del Siglo XIX, los cuatro territorios (Álava, Guipúzcoa, Vizcaya y Navarra) en los que, con fuerza desigual, tuvo alguna penetración el nacionalismo vasco, eran pequeñas sociedades agrícolas y de hábitat bastante disperso y poblaciones poco importantes. Las cuatro capitales eran pequeñas, pues Pamplona era la mayor y en 1857 solamente contaba con 22.702 habitantes. La lengua vasca (Tabla 2) era de uso corriente en una zona muy amplia no muy bien definida, estando históricamente presionada hacia el Mar Cantábrico por el contacto con el castellano. El carácter disperso y montañoso del hábitat fue su mayor barrera protectora; pero el proceso de industrialización en Vizcaya y Guipúzcoa tuvo efectos importantes, aunque distintos entre sí, sobre la lengua vasca.

En cuanto al sistema de administración política, los Fueros daban la autonomía más radical para la administración de los asuntos internos. Esta autonomía foral fue defendida por la pequeña nobleza local y el campesinado contra el centralismo liberal, pero sin

---

<sup>20</sup> El Banco de Bilbao se crea en 1857, muy al comienzo de la industrialización, y el Banco de Vizcaya a comienzos del siglo XX. De las dos zonas de España primeramente industrializadas, Cataluña y Euskadi, el modelo general que va a ser triunfante en la generalización posterior del desarrollo en España va a ser el vasco, de capitalismo financiero (C. Moya, 1975, 66).

construir para ello una ideología, un proyecto político. La pequeña nobleza y el campesinado, cuyos intereses podrían parecer contradictorios, luchan conjuntamente en la Guerras Carlistas. Es preciso tener en cuenta que la política agraria liberal -en relación, sobre todo a las tierras comunales- no beneficiaba a los campesinos, y, por otra parte, que las relaciones sociales entre estos últimos y la nobleza se desarrollaban sobre el territorio. Estas relaciones sociales eran muy personalizadas y cotidianas, pues esta nobleza no era absentista. El carlismo fue la defensa encarnizada de una forma, de un sistema de vida. Este sistema se vio amenazado por el proceso de urbanización e industrialización, por un lado, y, por el otro, por el centralismo del Estado liberal. El triunfo de este modelo de Estado, la abolición del sistema foral y el crecimiento industrial - con su atracción de población inmigrante procedente de varias zonas de España - determinaron como reacción la creación del Partido Nacionalista Vasco, fundado en 1895 para la construcción de un Estado vasco independiente del español.

La industrialización de Bilbao va a transformar la estructura de clases del País Vasco. Un pequeño grupo de familias (con un alto grado de interrelación), habiendo acumulado capital principalmente a través de la explotación de mineral de hierro, se lanza a la industrialización, creando enseguida mecanismos financieros muy importantes.

Al final del Siglo XIX esta burguesía industrial y financiera intenta la conquista del mercado español, tratando de convertir al Estado en un demandante firme de su producción industrial. El Estado era débil, con una monarquía basada sobre relaciones de tipo aristocrático y con un déficit crónico en sus finanzas. La solución política al problema de formar un Estado adaptado a las necesidades del mercado español fue ennoblecer a la burguesía industrial y financiera: “se puede decir que, como desarrollo de una nueva clase dominante, todo el desarrollo histórico social que va desde 1856 a 1950 se puede entender, en nuestra sociedad, como reconstrucción progresiva de la vieja aristocracia mediante la incorporación a sus filas de las elites burguesas de nuestra economía”. Esta nueva “aristocracia financiera” (Moya, 1975, 66) se forma a partir de un doble mercado: el financiero y - en un sentido sociológico del término - el matrimonial<sup>21</sup>. Esta opción de la monarquía española permitió la inexistencia de una revolución o, al menos, de una

---

<sup>21</sup> Para el mercado financiero fueron fundamentales, obviamente, los bancos citados en la nota anterior. Para el mercado matrimonial, lo fue la creación por los jesuitas de la Facultad Derecho, Universidad Deusto, en 1.866, como lugar de encuentro de miembros de la aristocracia y de miembros de la burguesía industrial de finales del siglo XIX. Luego, en 1916, se crearía la Facultad de Economía de la empresa; la Primera Guerra Mundial llevó a la necesidad de generar un grupo profesional autóctono, dado que las potencias que estaban implicadas, en términos económicos y tecnológicos en el desarrollo de la industrialización vasca - Francia, Bélgica e Inglaterra - se desvincularon, por causa de esa contienda. Ambos centros eran de elite; en el primero, la Facultad de Derecho, la selección era por el coste de estudiar la carrera, lo que hacía que solamente acudiesen miembros de la alta burguesía vasca con otros de la aristocracia española; y en la de ciencias de la empresa se seleccionaba por las calificaciones en el bachillerato, existiendo la Fundación Vizcaína Aguirre - creadora de la citada facultad - que financiaba la carrera de los jóvenes cualificados que no tuvieran medios económicos.

evolución burguesa del Estado español que hubiera sido empujada por las nuevas burguesías periféricas e industriales. Esta evolución habría sido importante desde el punto de vista de los mecanismos simbólicos de cohesión de la sociedad nacional española. Pero el Estado, en lugar de disolver su carácter *Antiguo Régimen* y estamental, y de constituirse como Estado nacional de la clase burguesa española, se fundamenta en una “aristocracia financiera”, la cual, a su vez, se apropia de los medios de poder político, económico, administrativo (Moya, 1975, 50 y 80).

Las elites industriales y financieras de Bilbao permanecieron ambiguas en relación con la autonomía foral. Por una parte, estaban interesadas en la formación del Estado, pero, por otra, querían preservar de su desaparición unas instituciones locales de las que tenían el control. Cuando perdieron ese control se ocuparon de la consolidación del Estado. Esto ocurrió a partir de 1916, cuando dos formaciones políticas modernizantes adquirieron ese control de las instituciones autónomas: nacionalistas y socialistas.

Dos visiones sobre su identidad política compiten en el País Vasco durante ese siglo. Una, legitimadora del Estado central, y la otra, deslegitimadora. La visión deslegitimadora se condensaría a finales el siglo en un proyecto político, el nacionalista. El PNV condensa esa tensión y a su vez entra en tensión con el nuevo movimiento político obrero que se forma durante la industrialización. La tensión de ambas fuerzas, nacionalismo e izquierda, con el Estado central llevará a éstas a ciertos pactos políticos y a aliarse en la Guerra Civil contra el poder insurgente que intentó y logró ocupar el centro de poder. En 1931 se aprobó la Constitución que amparaba la Segunda República española; varios periodos de reformas y contrarreformas, incluida una insurrección anarquista y socialista en 1934, marcaron una situación política de creciente tensión. El triunfo del Frente Popular en las últimas Elecciones generales de 1936 aceleró el estallido de la insurrección militar que daba entrada a la Guerra Civil 1936-39.

Pero ya el 1 de octubre de 1936, las Cortes en Madrid habían aprobado el Estatuto del [País Vasco](#). Las entrañas de este suceso nos indican cómo por aquellas fechas el nacionalismo vasco estaba inclinado hacia una forma pacífica de hacer política para alcanzar sus objetivos. De ahí su alineamiento en la Guerra Civil con el bloque modernizante y democrático. Las tropas insurgentes de Franco se alzaron contra un gobierno republicano que había logrado un cierto entendimiento entre las dos grandes tendencias políticas, como intento de resolución de uno de los elementos que determinaba una situación de guerra civil latente que perduró durante todo el siglo XIX (Moya, 1975, 65) y que culminó en la Guerra Civil.

Una vez acabada la Guerra Civil, tras la victoria de los insurgentes, se instala un nuevo Estado y comienza otro periodo, el de la dictadura franquista, en el que se vuelve a una situación de dos visiones irreconciliables de la identidad política de los vascos; pero el Estado impone la visión centralista como única y oficial, creída por algunos y acatada por

los que, no aceptándola como verdadera, no pueden expresarse públicamente en contra. El Estado autoritario controla todos los mecanismos públicos de reproducción ideológica: sistema educativo, medios de comunicación de masas, asociación política, rituales públicos, etc. La represión cultural y política del Franquismo dará lugar, dentro del mundo nacionalista, a una radicalización de la primera generación de la posguerra, que culminará con la formación de una organización armada.

Durante ese periodo, la otra visión, la nacionalista vasca, deberá para mantenerse recurrir a mecanismos privados, como la familia y el grupo de amigos; a un ritual social cotidiano de encuentro de este tipo de grupos bajo un conjuro colectivo de silencio; a una ocultación de ciertas actividades en las iglesias, y a la formación de una serie de asociaciones culturales, deportivas, gastronómicas, de montañismo, de danza que llevaban a cabo una función política sistemáticamente ocultada. En fin, dieron lugar a lo que he llamado una clandestinidad colectiva. Y en este contexto, la aparición en el ámbito público de la violencia transgresora de ETA logra progresivamente la adhesión afectiva de ciertos sectores de la población.

## **2. Reproducción y radicalización del nacionalismo durante la Dictadura Franquista hasta la crisis de éste en 1970**

### 2.1 La génesis de una subcultura de oposición: mecanismos de reproducción y radicalización de la conciencia nacionalista (hasta finales de los años 1950 - nacimiento de ETA).

Finalizada ya la Guerra Civil en el País Vasco - con la entrada en Bilbao de las tropas sublevadas en junio de 1937 - el capital simbólico primitivo del nacionalismo se encontrará en un contexto socio-político distinto, lo que provocará un complejo proceso de, por un lado, extensión geográfica y social - nuevas zonas y nuevos sectores sociales - y, por el otro, de radicalización, en algunos sectores nacionalistas, de los objetivos políticos propuestos y de los medios utilizados para conseguirlos.

El nuevo Estado surgido con Franco estuvo fundamentado en la victoria en la Guerra Civil y su legitimación -la de la Guerra y luego la del Estado- adoptó una forma religiosa. No podía ser de otra manera si consideramos que la Guerra Civil no fue sino el desenlace cruento de una tensión social profunda que atraviesa toda la historia de la dificultosa modernización o racionalización política de un Estado sólidamente anclado en supuestos de estatus, en el sentido weberiano del término.

En gran medida, mis planteamientos sobre la reproducción del nacionalismo vasco (Pérez-Agote, 1984b) durante el Franquismo se corresponden con los de Hank Johnston en relación con la reproducción del nacionalismo catalán durante el mismo período y, por lo tanto, bajo el mismo régimen político. Johnston se pregunta cómo pueden sobrevivir

ciertos nacionalismos (Países Bálticos, Georgia, Armenia, Moldavia y Cataluña) frente a la represión. La respuesta para el caso del nacionalismo catalán constituye el núcleo de su libro en cuestión: “ En relación con el movimiento catalán, los capítulos que siguen muestran evidencia de la extraordinaria redefinición de amigo, enemigo y símbolos compartidos que caracteriza el éxito del movimiento fue fundamentalmente debido no a un cambio de las oportunidades políticas ni a un cálculo estratégico de poder y de recursos , sino, más bien, a un proceso cultural localizado en el nivel de la interacción participante” (Johnston, 1991, xiii y xiv) .

Precisamente por el alto grado de estructuración social de la resistencia, he utilizado, para describir la situación del nacionalismo vasco durante el Franquismo, el concepto de *religio-nationalist subculture* que el propio Johnston, basándose precisamente en mi primer libro sobre el nacionalismo vasco (Pérez-Agote, 1984)<sup>22</sup>, emplea para definir la situación del nacionalismo en el País Vasco durante el Franquismo (Johnston, 1991a). Esta noción hace referencia a una subcultura de oposición política a un régimen autoritario, subcultura que está impregnada de creencias y sentimientos religiosos; que está mantenida, al menos en parte, a través de un sistema de relaciones familiares y amistosas muy cercanas; y que se trata sistemáticamente de ocultar a la vigilancia del poder político. Para Johnston este concepto tiene tres elementos fundamentales, a los que yo añadido otros tres. El primero señalado por Johnston es un contenido cultural, una amalgama de símbolos políticos, nacionales y religiosos. El segundo elemento “incluye los procesos por los cuales el contenido cultural es traspasado y refinado entre generaciones. Un aspecto clave es la socialización primaria que ocurre en la familia. Como las actitudes de oposición son adquiridas como parte del desarrollo social, psicológico y moral, se puede decir que la impronta de una subcultura de oposición puede ser bastante perdurable. (Y el) tercer componente es la organización social de la cultura. Aquí también la familia es la estructura primaria. En el interior de la subcultura, las familias están ligadas a través de la amistad y de su participación en organizaciones secundarias (...) A este respecto, las organizaciones eclesiales proveen de un foro importante para la interacción.” (Johnston, 1991, 50-1).

A estos elementos pude añadir algunos otros que hacían referencia al carácter relacional que debe tener el concepto, dado el hecho de que no tendría sentido la construcción de este marco analítico si la subcultura en cuestión no estuviera rodeada de un sistema político que intenta acosarla. Por ello aporté, como cuarto componente: un sistema político autoritario que intenta impedir la reproducción de la ideología y la subcultura de oposición en general; este sistema político autoritario es el que induce, por un lado, la importancia de las organizaciones eclesiales como lugares de interacción difíciles de vigilar por el Estado - evocada al hablar del tercer componente - y, por el otro, la importancia de la religión en términos simbólicos. Juntamente con la religión, tan

---

<sup>22</sup> Johnston cita la segunda edición (1986) de (Pérez-Agote, 1984).

importante para la legitimación del nuevo Estado franquista, es preciso evocar el papel de la alta jerarquía de la Iglesia católica española, como colaboradora importante de éste en la legitimación del régimen y en el papel de control ideológico que éste le concede; pero como la Iglesia española en general no es homogénea desde el punto de vistas ideológico, en determinadas zonas el clero puede ofrecer cobijo, para reuniones y propaganda, de ciertos sectores sociales políticamente opuestos a la férrea dictadura política.

Del carácter autoritario del sistema político se deriva un quinto elemento: el carácter cerrado y secreto de la subcultura, dada la necesidad de su ocultación sistemática frente al régimen político. De este elemento deriva el aspecto paradójico que para el investigador presenta la subcultura de oposición: por un lado, revela una cierta nitidez, unas fronteras sociales claras, y, por el otro, implica una cierta dificultad para penetrar en ella. En el caso del nacionalismo vasco durante el Franquismo llegué a definir la situación como una clandestinidad colectiva.

Aporté un sexto elemento al concepto de subcultura nacionalista de oposición, derivado de la relación entre política y religión en el seno de la subcultura. El concepto ha sido aplicado a dos tipos de situaciones políticas - la derivada del Franquismo y la derivada del régimen soviético- y en las dos se operó una secularización de la subcultura. En ambos casos la subcultura de oposición incorporaba una tradición religiosa fuerte. Pero mientras el régimen soviético suponía una persecución sistemática de las iglesias, el régimen franquista utilizó la Iglesia y la religión católicas como fuentes de legitimidad política<sup>23</sup>. Así que mientras que en las subculturas sometidas a los regímenes comunistas en general se daba una tendencia a la fusión entre población, clero y jerarquía, en los casos sometidos al régimen franquista, nacionalismos catalán y vasco, se daban tensiones entre los tres elementos e, incluso, en el interior de cada uno de ellos, como consecuencia de la existencia de una Iglesia española adicta por lo general al régimen franquista. No en vano éste fue definido como nacionalcatolicismo. En el caso del Franquismo, la debilidad ideológica de este régimen le lleva a una fundamentación religiosa de su legitimación política (Johnston, 1991, 214, nota 1 del capítulo 4). Pero el sexto elemento común que quería resaltar es que en todos los casos, más allá de la diferencia de tipos señalada, se da, en el interior de la subcultura, una solidaridad o identidad colectiva étnica que, al no

---

<sup>23</sup> También en el caso polaco encontramos, como un elemento clave de la situación política bajo el dominio comunista, una tensión fuerte entre Iglesia y Estado. Tras la crisis de octubre de 1956, que trajo grandes cambios para la sociedad polaca, vino a finales de los cincuenta una época de promesas incumplidas en la que la "instrucción religiosa fue desterrada de las escuelas públicas y la relación entre el Estado y la Iglesia se deterioró". A pesar de ello, "en el largo plazo solamente la Iglesia polaca parece haber sido indudable beneficiaria del Octubre Polaco", ya que uno de los posos que quedó tras esta crisis fue una Iglesia católica independiente, es decir, en tensión permanente con el Estado (Ekiert and Kubik, 1999, 26-31). Luego vendrían las diversas movilizaciones estudiantiles y obreras, la emergencia de Solidaridad, su supresión legal y su posterior actividad clandestina, hasta llegar a la caída del régimen totalitario, todo ello estando directamente atravesado por la actividad de la Iglesia.

poder encontrar una objetivación política<sup>24</sup>, se vuelve hacia una objetivación religiosa, del tipo de la definida por Durkheim en *Las formas elementales de la vida religiosa* (1968), en donde establece la ecuación de la solidaridad social: la religión como argamasa de la sociedad, que no es sino la iglesia, entendida ésta como comunidad de creyentes. “¿Qué diferencia esencial hay entre una asamblea de cristianos celebrando las fechas principales de la vida de Cristo, o de judíos celebrando la salida de Egipto o la promulgación del decálogo, y una reunión de ciudadanos conmemorando la institución de una nueva constitución moral o algún gran acontecimiento de la vida nacional?” (Durkheim, 1968, 438)<sup>25</sup>.

Mi investigación sobre los mecanismos de reproducción y de radicalización del nacionalismo vasco a lo largo del tiempo ha consistido en el fondo en un intento de construcción de una sociología histórica, elaborando una sucesión de periodos con el ánimo de describir estos mecanismos y sus transformaciones, y, también, de acentuar, para cada periodo, la dimensión relacional entre los diversos mecanismos.

Una de las características claves de un movimiento nacionalista periférico en el interior de un Estado, es que se define como conflicto sobre el nosotros y su objetivación política. Lo cual hace precisamente que se manifieste como conflicto sobre la centralidad de la sociedad, en el sentido que a este aspecto ha dado tanto Parsons (1974) como Shils (1975) y que, en otro horizonte, ha analizado Eliade (1973) al hablar de centro sagrado de la sociedad. El común denominador de esta dimensión social es la concepción durkheimiana de religión (Durkheim, 1968; Pérez-Agote, 1984a). La cuestión de la centralidad de la sociedad moderna, la surgida por el proceso de modernización, está planteada en Shils (1975, 3) en forma muy interesante: “La sociedad tiene un centro. (...) Esta zona central no es, como tal, un fenómeno espacialmente localizado. Tiene siempre una localización más o menos definida dentro del territorio en el que la sociedad vive. Su centralidad, sin embargo, no tiene nada que ver con la geometría y poco con la geografía. El centro, o la

---

<sup>24</sup> En mi desarrollo de una teoría de la identidad colectiva (Pérez-Agote, 2006 y 2008), entiendo por objetivación de la identidad colectiva el grado de independencia que alcanza su existencia con respecto a la voluntad de los integrantes. El grado de objetivación más débil es el meramente fundacional, es decir, el mutuo reconocimiento entre sus miembros. Coincide así con la existencia misma del grupo, cuando alcanza así el mínimo grado de independencia. Este primer grado coincide con la legitimación interna y con el hecho de que ritos e interdictos e interrelaciones constituyen una cierta barrera inconsciente o reflexiva al libre ejercicio de esa voluntad. No tiene por qué ser fácil salirse de un grupo. El segundo grado es el reconocimiento por los otros, siendo el conflicto entre grupos una de las formas posibles de reconocimiento. Mención especial debe hacerse sobre el hecho de que la coincidencia de ambos grados puede llevar aparejada una evidencia social en torno a la existencia del grupo, lo que implica una eficacia simbólica muy fuerte. El tercer nivel es la objetivación político-administrativa que implica una sanción política de la existencia del grupo. La coincidencia de las tres formas sobre un grupo indica existencia del grupo, ausencia de puesta social en tela de juicio y reconocimiento político oficial. Pero pueden darse formas de no coincidencia.

<sup>25</sup> Para Durkheim no hay ninguna, estableciendo en *Las formas Elementales de la vida religiosa Durkheim* (1968) que la solidaridad nacional política cumple el mismo papel de integración simbólica que la religión en las sociedades totémicas australianas por él estudiadas. Sobre estas cuestiones, confrontar (Pérez-Agote, 1984a).

zona central, es un fenómeno que pertenece al mundo de los valores y creencias”.

La legitimación religiosa del nuevo Estado planteó problemas en el País Vasco, porque una gran parte del clero estaba en el bando vencido del nacionalismo vasco y porque éste tenía como componente fundamental de su ideología un acendrado catolicismo<sup>26</sup>.

El primer Decreto que Franco dedica al País Vasco, cuando conquista Bilbao en 1.937, es la abolición de los Concierdos Económicos para las provincias de Vizcaya y Guipúzcoa (las dos provincias donde el nacionalismo vasco era más importante), provincias que en la exposición de motivos del propio decreto son calificadas de "traidoras" y como tal castigadas. Se trata por tanto de castigar no a los traidores de estas provincias, sino a las provincias como tales, como demarcaciones territoriales.

La calificación como "traidoras" de estas provincias anticipaba ya que en ellas el Estado iba a ejercer el poder político sin pretender ser legitimado por la población. A partir de ese momento, el Estado impone una persecución absoluta de la cultura y los símbolos vascos, así como del nacionalismo y de toda forma de expresión de descontento social, según un código de guerra (traición), según una violencia fundacional, cuyos periódicos rituales de mantenimiento simbólico serán los estados de excepción<sup>27</sup>. Éstos tienen como misión objetiva fundamental la persecución indiscriminada sobre el territorio, con lo cual se marca, se discrimina, se significa socialmente el propio territorio. La violencia indiscriminada<sup>28</sup> del Estado actúa como agente integrador de todos aquellos que, no aceptando el Estado como legítimo, habitan ese territorio.

## 2.2 La familia y otras esferas de socialización como mecanismos de reproducción y radicalización del nacionalismo en el ámbito privado.

Las familias nacionalistas<sup>29</sup>, desde el final de la Guerra, se ven sumidas en un sentimiento

---

<sup>26</sup> Tanto el bando de la derecha como el nacionalismo vasco se disputaban la posesión del auténtico catolicismo. De la parte del nacionalismo vasco, cfr. (Iturralde, 1939); del bando de la derecha cfr. (Altabella, s/f). Lo interesante es que tanto en una como en la otra obra se establece que el clero vasco estaba de la parte nacionalista-vasca, aunque la valoración de este hecho sea positiva en la primera obra y negativa en la segunda.

<sup>27</sup> En L.C. Núñez (1.977a, cap. 6) podemos encontrar la lista de los once "estados de excepción", decretados entre 1.956 y 1.975, con su correspondiente duración, alcance territorial y alcance jurídico. Se puede observar cómo uno afecta exclusivamente a Asturias; uno a Asturias, Guipúzcoa y Vizcaya; cinco a Vizcaya y/o Guipúzcoa; y 4 a todo el territorio español. Como se ve, las dos provincias vascas de Guipúzcoa y Vizcaya son las más afectadas, tanto más si tenemos en cuenta que varios "estados de excepción" que afectan a la totalidad del territorio español tienen su causa en el País Vasco y que la represión fue más dura en general en el País Vasco.

<sup>28</sup> A la violencia discriminada cotidiana del Estado se añaden las celebraciones rituales de violencia indiscriminada.

<sup>29</sup> A partir de aquí, tenga en cuenta el lector que la descripción de la realidad que realizo en este trabajo está basada central y preferentemente en el análisis de cerca de dos centenares de entrevistas individuales y de grupo.



de frustración por la derrota. La situación de fuerte represión simbólica, de la lengua y la cultura vascas, produce en ellas una actitud ambivalente en sus estrategias de socialización de los hijos, por lo que respecta a la lengua, la cultura y el universo simbólico nacionalista en general. Las formas que adopta esta ambivalencia son más o menos extremas, yendo desde quienes obligan a los hijos a hablar *euskera* en casa, pero les advierten del peligro de hacerlo en público, hasta quienes rodean con el silencio la historia de la Guerra y todo lo que consideran como vasco.

En muchos casos se recubre con silencio la historia de la Guerra Civil, las ideas nacionalistas, la lengua, los recuerdos. Pero en todo caso, el seno de la familia constituye un medio en el que por osmosis se transmite lo que se silencia e incluso se acrecienta con el silencio su carácter mágico, sagrado, misterioso, mítico. El rechazo público (en la escuela, la calle, etc.) del universo simbólico familiar y en particular de la lengua materna; la experiencia de la frustración y del miedo de los padres; y la propia ambivalencia de éstos en la estrategia socializadora; todos ellos son factores que producen importantes consecuencias en la imagen que los hijos tienen de la lengua, la cultura y los símbolos vascos, produciéndose una radicalización generacional de la conciencia nacionalista.

El Partido Nacionalista Vasco (PNV) que había recogido la práctica totalidad de las aspiraciones políticas nacionalistas con anterioridad a la Guerra, al finalizar ésta se ve reducido a la clandestinidad y al exilio, lo que impide su actuación política cotidiana, contrayéndose su capacidad práctica a movilizaciones escasas y puntuales. El PNV mantiene, en la posguerra, la creencia en que las democracias occidentales derribarían el Franquismo. Esta esperanza se ve progresivamente frustrada, sobre todo desde la ruptura por las Naciones Unidas del bloqueo a España y el comienzo en 1.951 de la colaboración de Estados Unidos con España.

Es precisamente a mediados de los cincuenta cuando en el seno del PNV comienzan a surgir corrientes de jóvenes radicalizados que culminaron a finales del decenio con la fundación de ETA, constituyendo una respuesta a la inactividad política y lingüística de las generaciones mayores<sup>30</sup>. Pero ETA, en su nacimiento, no es sino la parte visible del *iceberg* que es la radicalización generacional en el seno de las familias nacionalistas. La radicalización generacional es ambivalente: es contra los padres por su inactividad, pero es también a su favor, para liberarlos de la frustración y la humillación de la pérdida de la guerra. Sólo la carga afectiva -vivencia en el interior de la familia- que desata la represión lingüística, cultural y política puede explicar la virulencia de la respuesta.

Para comprender por qué para el análisis del proceso de reproducción del nacionalismo

---

<sup>30</sup> Sobre el desarrollo de esta organización confrontar (Garmendia, 1981; Clark, 1984; Sullivan, 1988).

vasco seleccioné unos mecanismos de socialización política -familia, religión e Iglesia<sup>31</sup>, grupos de pares (*cuadrillas*) y sus rituales de ocio (*poteo*<sup>32</sup>), y mundo asociativo - y no otros, debemos pensar en el tipo de régimen político que fue el franquista.

El régimen franquista trató de controlar todos los mecanismos públicos de reproducción simbólica. De manera que la reproducción de verdades contrarias a la oficial tuvo que confinarse en la privacidad y en la vertiente microsocia de ciertas instituciones, como la Iglesia. La familia y algunas formas de relaciones intersubjetivas en el interior de las cuadrillas, las relaciones intercuadrillas durante el *poteo* y en el interior de asociaciones voluntarias con funciones voluntariamente ocultadas de socialización política, fueron mecanismos de reproducción alejados del control oficial. La Iglesia también pudo amparar, bajo su prestigio y bajo su inmunidad política - cada vez menor durante el Franquismo-, una serie de actividades que contribuyeron a la reproducción del nacionalismo vasco.

Con independencia de la utilización o no utilización de la lengua en el espacio familiar, parece bastante importante el hecho de que la familia se encontraba en una posición ambivalente con respecto a la inculcación en los hijos del sentimiento nacionalista, de la cultura y de la lengua vascas. Por un lado, la familia tenía interés en la perpetuación del universo simbólico familiar y de su ideología nacionalista a través de la educación de sus hijos; y por el otro, era presa del miedo al peligro físico y social que suponía para los hijos ese universo y esa ideología, al estar políticamente perseguidos en el ámbito público. No es de extrañar que la solución práctica a este dilema o conflicto de intereses fuese en muchos casos el silencio familiar, pues cualquiera de las posibilidades, afianzar el universo simbólico en la familia o renegar de él tenía un coste muy elevado. En las entrevistas que realicé en torno a 1980 a nacionalistas de entre 65 y 70 años se observaba esta ambivalencia en la educación de los hijos, cuya única forma práctica posible de resolución era el silencio, el procurar no hablar de estas cuestiones. Los entrevistados recordaban que sus preocupaciones políticas y culturales sólo podían comunicarlas en espacios íntimos muy reducidos, ya fuera “en el monte”, donde los domingos por la mañana se reunían entre amigos, en la taberna o en el domicilio propio o de algún familiar, conversando con hermanos y parientes. Pero con respecto a los hijos, el silencio era la forma más factible de intentar resolver su dilema. Por el otro lado, con respecto a la transmisión de la lengua vasca se daba el mismo dilema. Las posiciones con respecto a la educación de los hijos eran variadas. Había desde quienes incitaban e incluso obligaban a sus hijos a hablar *euskera* en casa (y a no hacerlo en público), hasta quienes decidieron

---

<sup>31</sup> J. Zulaika (1988) ha puesto de relieve la importancia del papel jugado por la religión y por los curas en la socialización de la juventud, a través de las representaciones colectivas de la historia. En primer lugar, de la historia lejana como mito fundacional de la etnia; en segundo lugar, como historia de la Guerra Civil; y, en tercer lugar, la historia reciente, vivida como heroísmo y tragedia, de los años duros de régimen franquista.

<sup>32</sup> Recorrido cotidiano de grupos de amigos (de una cuadrilla) por los bares de un pueblo o de un barrio de la ciudad; en cada cuadrilla se trata de un trayecto ya establecido y repetido cotidianamente.

la no transmisión familiar de esta lengua.

La otra cara de la moneda era la de los hijos, que, por grande que fuera la ambivalencia familiar, la experiencia de la escuela les dejaba bien patente la negación de un universo simbólico familiar que la propia familia intentaba con dificultad ocultar. Este rechazo público del universo simbólico familiar y de la lengua; la frustración de los padres; y el propio miedo de los padres, produjeron consecuencias en la imagen que los hijos de las familias nacionalistas de los sentimientos, los símbolos y la cultura vascos.

La calle y la escuela fueron los ámbitos de máxima represión política de la lengua, como prolongación ampliada del espíritu de la legislación de guerra y postguerra, que intentaba borrar el *euskera* del espacio público<sup>33</sup>. Esta persecución pública de la lengua tuvo consecuencias lógicas en cuanto a las dimensiones funcional y simbólica de la lengua. Desde el punto de vista funcional supuso ciertamente una regresión en el número y proporción de vasco parlantes y, además, la retirada de la lengua de determinados espacios sociales, lo que aceleró su esclerotización. Clark, tras una discusión de datos provenientes de diferentes fuentes, establece lo siguiente sobre este proceso de pérdida cuantitativa de la función comunicativa de la lengua vasca durante el Franquismo: “En 1934, sobre un total de población ligeramente superior a 1.2 millones, alrededor de 570.000 eran juzgados capaces de hablar euskera. A comienzos de los 1970s, aunque la población había casi doblado hasta alcanzar los 2.3 millones, el número de vasco parlantes bajó hasta poco más de 450.000” (Clark, 1979, 144).

Este proceso de pérdida de funcionalidad fue traumático para los que lo sufrieron. Al proceso histórico general anterior al Franquismo de pérdida de valor funcional de la lengua, debido a los procesos de industrialización y urbanización en situación de contacto de lenguas, lo que suponía el surgimiento paulatino de una situación de diglosia, se superpone una represión política de la lengua, que la convirtió en estímulo de conductas políticas radicales y clave en la radicalización de las juventudes del PNV en la década de los 50; e impulsó, a comienzos de los 1960s, un fuerte movimiento social en pro del aprendizaje de la lengua que ha llegado hasta nuestros días. La valoración simbólica repercutió en la dimensión funcional al inducir al aprendizaje y al uso. Tejerina nos proporciona la magnitud de este fenómeno de recuperación que se inicia, de forma absolutamente clandestina en esos orígenes en que comenzaron a organizarse *ikastolas* clandestinas<sup>34</sup>.

---

<sup>33</sup> La Orden de 18-5-1938 (Boletín Oficial de 21-5-1938) obligaba a consignar los nombres de los hijos en castellano y la de 16-5-1940 (Boletín Oficial de 30-5-1940) prohibía “el empleo en denominaciones de marcas, nombres comerciales, rótulos de establecimientos y cualquier otra modalidad de propiedad industrial, de otro idioma que no sea el castellano”.

<sup>34</sup> En Guipúzcoa se pasa de 8 *ikastolas*<sup>34</sup> en 1963 a 71 en 1975; en Vizcaya, de 2 a 45; en Álava de 1 a 6; y en Navarra, de ninguna a 22. En cuanto al número de alumnos de estas *ikastolas*, el crecimiento fue también fulgurante, también sobre todo en Guipúzcoa y en Vizcaya. En Guipúzcoa se pasa de 520 alumnos

En 1952 nació EGI, la organización juvenil del Partido Nacionalista Vasco (PNV). En 1958, algunos de los miembros de EGI comenzaron a radicalizarse, no en términos ideológicos, sino en términos de criticar la inactividad política y, sobre todo, lingüística de las generaciones nacionalistas que habían perdido la guerra. Estos jóvenes conformaron un grupo de estudio, EKIN (hacer, en euskera), proclamando la necesidad de una acción directa. En 1959 estos jóvenes fundaron ETA (Euskadi ta Askatasuna, Euskadi y Libertad). A pesar de que ninguna de estas formaciones de jóvenes que luchaban por la recuperación lingüística y cultural, definían ésta en términos religiosos, como lenguaje valorativo, no ideológico ni político. Y así, al analizar los primeros documentos de ETA, pude comprobar cómo para difundir su idea fundadora se utilizaba un lenguaje católico, herencia también de las generaciones mayores (Pérez-Agote, 2006, 85 y ss.; 2008, 121 y ss.)

Las relaciones intergeneracionales son siempre importantes para el análisis del cambio social. Y una dimensión fundamental de estas relaciones son las relaciones generacionales dentro de la familia. Dentro de ella se desarrolla una fuerte transmisión osmótica, más allá de la voluntad y de la expresión directa y voluntaria; los adolescentes y los jóvenes se encuentran, como es propio de esa edad, en medio de la contradictoria necesidad, por un lado, de mantenerse dentro de los límites específicos marcados por sus mayores para mantener su seguridad, y, por el otro, en la de romper estos límites, para alcanzar así su libertad; entre los afectos y la necesidad de ir más allá. Para los jóvenes, la lengua vasca era la de sus padres, y la suya también. Criticaron a sus padres por su falta de acción, su aceptación de la situación impuesta por la Dictadura. Pero también, la relación estaba marcada por los afectos y las emociones.

La aparición de ETA a finales de los cincuenta es expresión de la radicalización generacional que se opera en las familias nacionalistas. Se trata de la llegada a la arena pública de la primera generación de después de la guerra. En esa época, tanto en el interior de las familias nacionalistas como en el seno del Partido Nacionalista Vasco comienza a darse una radicalización general que lleva a una tensión cierta entre las generaciones. La reacción generacional, de la que ETA fue la parte más visible, tuvo una doble fuente. Por un lado, fue reacción contra el sistema político español, contra su persecución de lo vasco y contra su capacidad de humillar y frustrar a sus padres. Y, por el otro, una reacción ambivalente frente a sus padres. La ambivalencia provenía de que, por una parte, se identificaban afectivamente con ellos, como no podía ser menos, dada su situación de humillación y frustración, y de que, por la otra, los perciben como pasivos aceptadores de la situación.

---

en el curso 1964/65 a 17,971 en el curso 1974/75; en Vizcaya, de 54 a 5,822; en Álava, de 22 a 1,026; y en Navarra, de ninguno a 1,892 (Tejerina, 1992, 130 y 133).

**Cuadro 1. La doble raíz de la radicalización de la primera generación nacionalista tras la Guerra Civil.**

De las entrevistas en profundidad a militantes de ETA de la primera época pude extraer una importante conclusión. La experiencia del miedo y de la frustración sufrida por sus padres; la ambivalencia de sus padres en la transmisión de los símbolos y de la lengua vasca; la pasividad cultural y política de los viejos nacionalistas; estos son los factores que produjeron la radicalización de la primera generación de la posguerra. Todos estos aspectos modularon la imagen que estos miembros de la primera generación nacionalista se formaron sobre la lengua, la cultura y los símbolos vascos; así como de los medios que era preciso poner a funcionar para preservar estos elementos del universo cultural y político vasco. Para así liberar a sus padres de la humillación y de la frustración, y así llegar a redimirlos. Se trataba, sobre todo, de una radicalización de la forma y de los medios. Preconizaron la acción y, después, la violencia como un medio.

En particular, un aspecto central de la dimensión microsocia es, precisamente, el constituido por las relaciones generacionales intrafamiliares<sup>35</sup>, lo que introduce como elemento específico la afectividad. Por ello, la oposición de los jóvenes a la anterior generación puede verse reforzada por la oposición a los padres o, por el contrario, y bajo ciertas condiciones, corregida por ella. La subcultura oposicional constituye una situación en que la relación entre ambas oposiciones no es simple y directamente del mismo sentido. Y ello porque precisamente la subcultura oposicional se está oponiendo al régimen dominante. Por lo cual los jóvenes de esta subcultura se oponen al régimen dominante (como la generación anterior), se identifican con sus padres en tanto en cuanto que ven a éstos maltratados por el régimen dominante y se oponen a ellos en cuanto que consideran que sus padres no son suficientemente activos luchando contra el régimen dominante. Por otro lado, la subcultura oposicional les refuerza su idea de misión generacional (Mannheim, 1952), con relación al régimen dominante, lo que les identifica a sus padres; y, con relación a sus padres, lo que les enfrenta a ellos.

Volviendo a nuestro caso, vemos que, a la ambivalente posición de los padres en relación con la transmisión de la lengua vasca y la ideología nacionalista, se corresponde una ambivalente reacción de los hijos con ellos, identificándose afectivamente con su lengua y su ideología, acusándoles de inactivos, preconizando el activismo en el campo de la política en general y en el de la lengua en particular, y llegando, en el caso más extremo, a la práctica de la violencia armada.

Esta ambivalencia de la relación generacional se vio, a su vez, correspondida por la ambivalente respuesta de los padres a la represión política ejercida por el Estado sobre los hijos dedicados al activismo. Sobre esta última ambivalencia, pude comprobar a lo largo de mi tiempo de investigación sobre el tema, como se daba una variedad de tipos de proceso en función del tipo de universo simbólico-político de la familia en cuestión, de su homogeneidad interna en términos de ideología y de radicalidad<sup>36</sup>. Pero en esta variedad se observaba una cierta homogeneidad en el sentido de que el lado femenino de

<sup>35</sup> En 1988 DeMartini distinguió entre “lineage and cohort politics”, al advertir la influencia en los 1960s que en las ideas de la New Left habían tenido de las posiciones socialistas y pacifistas de los padres (DeMartini in Johnston, 1991, 51-52)..

<sup>36</sup> Incluso en términos de homogeneidad o diversidad de origen geográfico de los padres, dado que a las nuevas generaciones de familias de corte nacionalista se fueron incorporando con el tiempo al proceso de radicalización miembros de las nuevas generaciones de familias de otro origen ideológico e, incluso, de origen inmigrante

la familia - las hermanas, pero, sobre todo, las madres – jugaban un papel determinante al proyectar sin ambages su afectividad sobre el hijo políticamente represaliado; y, en la mayoría de los casos, este papel llegaba a inducir un cambio en la actitud del lado masculino e, incluso, un cambio ideológico. La importancia de este rol femenino se fue incrementando en el tiempo, como pude comprobar en el análisis de asociaciones no legales dedicadas a influir y a ayudar en el ámbito de los presos de ETA, sobre todo a partir de las políticas de dispersión y alejamiento en prisiones muy distantes del territorio vasco.

La Dictadura silenció todas las formas de expresión del descontento social en toda España y, más concretamente, en el País Vasco. Este silencio social impuesto por el régimen franquista produjo una identificación emocional progresiva de parte de la población con la violencia de ETA: esta violencia es, durante grandes intervalos de tiempo, la única expresión pública de descontento político. Esta identificación afectiva fue muy importante para las sucesivas nuevas generaciones, no solamente en los círculos nacionalistas, sino también en la población de origen inmigrante de otras provincias de España. ETA desarrolló, junto con su actividad violenta, una lógica didáctica: mostraba a la población, en la medida de sus posibilidades, la calidad de sus víctimas y sus relaciones con la política oficial, los cuerpos de policía y las fuerzas armadas, lo que significaba que el objetivo de la acción violenta era políticamente significativo.

Tras haber analizado el universo interior de la familia, conviene entrar en el otro universo fundamental para la socialización política de las generaciones nacionalistas nacidas después de la Guerra Civil. El mundo asociativo y los grupos *inter pares*, las *cuadrillas*<sup>37</sup>, vertebraban la vida social de cada barrio o pueblo durante el Franquismo, constituyendo así medios sociales muy densos. Bajo la especificidad funcional de los objetivos abiertamente declarados para cada asociación ocurría una actividad fuertemente socializadora de la juventud. El mundo nacionalista vasco no tenía, más allá de la familia, otra forma específica socialización política. En gran cantidad de entrevistas individuales y de grupo encontré que eran muchos los que pasaron por esta red y definían este paso como su apertura inicial a lo político, lo social, lo nacional vasco. Llegué a delimitar los horizontes más importantes en los que se desenvolvía la vida de este tipo de asociaciones: la escisión entre objetivos aparentes y ocultos; el interés en la propia persistencia de la asociación como ambiente; densa relación con otras asociaciones; problemas políticos y de legalidad; relación difusa con organizaciones políticas; entre ellas ETA; contacto directo y continuo con la represión; problemas por interés en el control por parte de organizaciones políticas, que se acentuaron en los primeros años del Posfranquismo.

---

<sup>37</sup> Las cuadrillas son grupos de amigos, generalmente amplios y duraderos. Sus relaciones se realizan en los tiempos de ocio. Los aspectos más íntimos no son tratados mientras el grupo en su totalidad está reunido, sino que, dentro de él, se dan generalmente relaciones más íntimas entre algunos miembros concretos. Para un análisis de estos grupos y de su importante función política confrontar nuestros trabajos anteriormente citados y también Ramírez Goicoechea (1984 y 1991).

Otro elemento crucial de la socialización juvenil que mantuvo la alta densidad de relaciones sociales en el barrio o en el pueblo fue la cuadrilla de amigos. Desde el punto de vista de estratificación social, la composición de la cuadrilla no es homogénea, dentro de unos ciertos límites, impuestos, sobre todo en los barrios de núcleos importantes de población, por la propia composición social del barrio de origen o de funcionamiento de la cuadrilla; estas limitaciones a la heterogeneidad social funcionaban en menor medida en los pueblos. En el interior de la cuadrilla de jóvenes era normal la coexistencia de los que estudian y los que trabajan y el posible prestigio que, en función del nivel cultural, pudieran tener los primeros se veía compensado por el hecho de que eran los que trabajaban los que mayores disponibilidades económicas tenían. Noviazgo y matrimonio eran obstáculos a la permanencia en la cuadrilla de quienes se encontraban en esa posición. Sin embargo, era normal que la estructura siguiera funcionando, en menores niveles de interacción cuando los miembros de la cuadrilla entraban en la vida adulta de trabajo y familia propia. La cuadrilla constituía un microcosmos de funcionamiento intermitente en la vida cotidiana: las vacaciones, los fines de semana y el rato de ocio a últimas horas del día. La forma más caracterizada en barrios y pueblos durante los años cincuenta y sesenta fue la cuadrilla masculina cuya actividad central en la vida cotidiana era el *poteo*. En esos años las cuadrillas se encargaban y colaboraban de la ayuda a los presos de ETA<sup>38</sup>.

La vida colectiva del ocio, a través de la cuadrilla, del club de monte, de danza, etc, pertenecían al orden de la transgresión. La prohibición absoluta de “lo vasco”, de todo símbolo vasco, de toda forma expresiva de “lo vasco”,<sup>39</sup> hizo que lo vasco en sí se constituyera en trasgresión y que, al no poder tener una expresión pública, la transmisión, la comunicación y la participación en los símbolos prohibidos debía llevarse a cabo en el espacio íntimo de la privacidad familiar; en el estrecho círculo de cuadrilla; en la trastienda de las asociaciones culturales, de danza, de monte; en el cotidiano recorrido del *poteo*. Esta vida social tan densa, al no tener cauces de expresión pública, va acumulando en sí misma una presión creciente. Muchos jóvenes que durante las décadas de los 60 y 70 se socializaron en estos medios sociales, de clandestinidad colectiva, llegaron progresivamente a sentirse afectivamente vinculados, adheridos a la violencia de ETA. Esta violencia se fue convirtiendo así en lenguaje expresivo del silencio público de las formas de descontento social.

En este ámbito privado de reproducción y radicalización del nacionalismo la lengua vasca se convirtió en un elemento de interesante relevancia en estos procesos. La prohibición por parte del Estado (secundada por actitud de ciertos sectores sociales) de la utilización

---

<sup>38</sup> La aparición posterior sobre la escena pública de los partidos políticos hará que el unanimismo de la cuadrilla se resienta de esta diversificación.

<sup>39</sup> “Lo vasco” es utilizado aquí no en un sentido esencialista, sino en aquel otro que se refiere a aquello que es percibido por el colectivo en cuestión como lo vasco.

de la lengua vasca produce durante el Franquismo una diversidad de consecuencias sociales. Por un lado, refuerza el proceso histórico de pérdida de función comunicativa de esta lengua, al reducir el área geográfica y los escenarios sociales de su utilización; ciertas familias vascoparlantes no enseñaron la lengua a sus hijos y, en todo caso, la utilización de la lengua se vio retraída hacia las esferas íntimas de las relaciones interpersonales, desapareciendo de los espacios sociales públicos, con la excepción de una cierta utilización limitada en algunas iglesias. Pero, al mismo tiempo, la enérgica presión política directa sobre la lengua produce un progresivo crecimiento de la autoconciencia traumática de la pérdida de función comunicativa; y este carácter traumático de la conciencia produce, por una parte, un importante crecimiento de la valoración social y política de la lengua, aumentando su función participativa, su capacidad para simbolizar en sí misma la solidaridad social y la diferencia étnica e, incluso, para simbolizar políticamente la oposición al Franquismo; y, por otra parte, como consecuencia del carácter traumático de la conciencia y del incremento de la valoración positiva de la lengua, se inicia un movimiento de recuperación lingüística cuyo máximo exponente son las *ikastolas*; éstas nacen en 1.960, en una clandestinidad que durará cerca de 10 años, y se irán multiplicando vertiginosamente a lo largo del tiempo hasta constituir la red paralela de enseñanza.

La violencia simbólica del Estado no se limita a la negación de la lengua y la cultura vascas, sino que, en general, se puede decir que se da una imposibilidad absoluta de expresión de toda forma cultural extraña a la oficial y de toda forma de expresión del descontento social o de desavenencia con respecto a la verdad oficial. La violencia simbólica ejercida por el Estado significa la imposición de un silencio público a una sociedad densamente atravesada por las relaciones intersubjetivas y asociativas. La única aparición en la escena pública del universo simbólico nacionalista es, hasta 1.970 y salvo excepciones puntuales y como tal no socialmente institucionalizadas<sup>40</sup>, la que supone la violencia utópica y transgresora de ETA. Esta violencia se constituye en lenguaje del silencio, en expresión pública del silencio social impuesto, consiguiendo una fuerte adhesión afectiva de los actores sociales a través de la densa red interpersonal y asociativa. La violencia simbólica, y por supuesto la física, ejercida por el Estado proporciona un sentido social a la violencia física ejercida por ETA. La progresiva incorporación al mundo asociativo y a la red interpersonal de los jóvenes de cada barrio y de cada pueblo en esta época, hace que se produzca una progresiva adhesión afectiva de estas generaciones a la violencia militar de ETA.

La violencia física ejercida por el Estado se presenta en los estados de excepción como exacerbación ritual de la violencia cotidiana, como violencia indiscriminada en el interior

---

<sup>40</sup> Como puede ser la colocación nocturna de una *ikurriña*.



del territorio.<sup>41</sup> En todo caso, la violencia del Estado -la cotidiana y la ejercida en los periódicos rituales de conmemoración que son los estados de excepción -se produce en una sociedad pequeña en términos demográficos y socialmente muy densa en términos de relaciones interpersonales y asociativas; y por ello importantes sectores de la población viven una experiencia cotidiana de esta violencia oficial.

La práctica totalidad de entrevistados, situados ideológicamente en el entorno nacionalista tenía una experiencia de la violencia estatal, a través de la muerte, la cárcel, la persecución, el exilio o el daño físico de algún allegado o de él mismo, y tenía también recuerdos imborrables de los estados de excepción.

La experiencia social de la represión imbrica sólidamente la biografía individual y la biografía colectiva (memoria colectiva); la política y la violencia pertenecían a la vida cotidiana, constituyéndose ambas en materia comunicativa fundamental de las relaciones interpersonales y asociativas (y posteriormente, a partir de 1.970 en contenido fundamental de las grandes movilizaciones populares que se dan a partir de esa fecha).

Durante los años sesenta, ETA se va afianzando progresivamente en la violencia armada. Es un fenómeno político que no puede comprenderse en términos de partido político, de organización política unitaria. Más bien debe comprenderse como movimiento social que no es unilineal, sino irregular y ramificado. De tiempo en tiempo se escinde en varios grupos, pero existe siempre una especie de continuidad cuyo soporte es un grupo militar de ideología nacionalista radical. Desde este supuesto ideológico, sus militantes tratan de comprender la realidad social, cambiante debido al apogeo de la industrialización que en los años 50 y 60 está produciendo la proletarización del campesino vasco, la inmigración de población proveniente de diversas zonas españolas y un cierto relanzamiento del movimiento obrero. Periódicamente, el núcleo nacionalista radical del movimiento, que constituye su sector más dinamizador, organiza un *frente obrero*; lo cual facilita la penetración de elementos teórico-políticos genéricamente marxistas en su ideología. Entonces, la toma de posiciones de izquierda de un sector del movimiento provoca la reacción virulenta del sector nacionalista radical. El debate teórico se produce sobre a qué hay que dar prioridad en la teoría y en la práctica, a la lucha de clases o a la liberación nacional. Las consecuencias que producen estas tensiones periódicas van en un doble sentido. Por un lado, se produce una escisión, con la constitución de un nuevo grupo o con el trasvase de militantes a organizaciones de la izquierda tradicional. Por el otro lado, se produce una transformación ideológica en el grupo nacionalista radical, con la incorporación de elementos teóricos genéricamente marxistas, y una transformación en los grupos de izquierda con la incorporación de ciertas tensiones nacionalistas a su

---

<sup>41</sup> Para tales ocasiones rituales el Estado llevaba al País Vasco importantes contingentes de fuerzas de seguridad asentadas en otras zonas y que por tanto desconocían la jerarquización y significación de la división de los espacios sociales, aumentando con ello el grado de indiscriminación de la violencia.

ideología. En estos sectores escindidos periódicamente del sector más nacionalista, se acepta la lucha de clases como elemento teórico-práctico central y así se da un abandono de la lucha militar o bien el sometimiento de ésta a un control político, perdiendo ciertas características que tiene la violencia del sector motor, más cargada de ética y afectividad, más cercana a los modelos weberianos de acción social afectiva o de acción social orientada por los valores.

El nacionalismo, durante el Franquismo, dada su sensibilidad sobre la realidad cambiante, genera izquierda, mientras que de la izquierda no se puede decir que genera nacionalismo. Este proceso inverso se dio en Navarra, sobre todo a partir del Plan de Promoción Industrial de la Diputación de Navarra de 1964), como analicé en otro trabajo (Pérez-Agote, 1989).

En los años 50 y sobre todo en los años 60 se da un progresivo crecimiento de la densidad de las relaciones intersubjetivas y de las relaciones asociativas que no se corresponde con el alto grado de desarrollo industrial y de urbanización alcanzados. Se da un crecimiento progresivo de la importancia del ritual cotidiano y colectivo del *poteo* y un florecimiento de asociaciones juveniles, gastronómicas, culturales, de montaña, de danza, etc.<sup>42</sup> El barrio y el pueblo constituyen medios sociales densamente atravesados por esta red asociativa e interpersonal, en la que, bajo la especificidad funcional de los objetivos abiertamente declarados, ocurre una actividad fuertemente socializadora de la juventud, que por esta vía se abre al interés por las cuestiones sociales y políticas y se adhiere a un universo simbólico muy genéricamente nacionalista, universo que es cotidianamente reproducido en la cuadrilla y el *poteo*.

Toda esta vida colectiva no tiene forma de expresión pública, es la clandestinidad colectiva. En el espacio íntimo de la familia, en el seno de la cuadrilla, en la trastienda de las asociaciones, en el ritual cotidiano del *poteo*; a través de estos canales se producen y mantienen las formas críticas y nacionalistas de la conciencia y se forja una progresiva adhesión afectiva a la violencia de ETA, como única expresión posible del silencio impuesto; y un rechazo, también afectivo, de la violencia del Estado, de sus cuerpos de seguridad.

Durante los años sesenta, ETA se va afianzando progresivamente en la violencia armada. Es un fenómeno político que no puede comprenderse en términos de partido político, de organización política unitaria. Más bien debe comprenderse como movimiento social que no es unilineal, sino irregular y ramificado. De tiempo en tiempo se escinde en varios grupos, pero existe siempre una especie de continuidad cuyo soporte es un grupo militar

---

<sup>42</sup> Además, es en estas asociaciones en donde ETA busca (cfr. el citado manual de 1.960) y encuentra sus militantes. Es decir que estas asociaciones eran objetivamente el mecanismo fundamental de reclutamiento de militantes.

de ideología nacionalista radical. Desde este supuesto ideológico, sus militantes tratan de comprender la realidad social, cambiante debido al apogeo de la industrialización que en los años 50 y 60 está produciendo la proletarización del campesino vasco, la inmigración de población proveniente de diversas zonas españolas y un cierto relanzamiento del movimiento obrero. Periódicamente, el núcleo nacionalista radical del movimiento, que constituye su sector más dinamizador, organiza un *frente obrero*; lo cual facilita la penetración de elementos teórico-políticos genéricamente marxistas en su ideología. Entonces, la toma de posiciones de izquierda de un sector del movimiento provoca la reacción virulenta del sector nacionalista radical. El debate teórico se produce sobre a qué hay que dar prioridad en la teoría y en la práctica, a la lucha de clases o a la liberación nacional. Las consecuencias que producen estas tensiones periódicas van en un doble sentido. Por un lado, se produce una escisión, con la constitución de un nuevo grupo o con el trasvase de militantes a organizaciones de la izquierda tradicional. Por el otro lado, se produce una transformación ideológica en el grupo nacionalista radical, con la incorporación de elementos teóricos genéricamente marxistas, y una transformación en los grupos de izquierda con la incorporación de ciertas tensiones nacionalistas a su ideología. En estos sectores escindidos periódicamente del sector más nacionalista, se acepta la lucha de clases como elemento teórico-práctico central y así se da un abandono de la lucha militar o bien el sometimiento de ésta a un control político, perdiendo ciertas características que tiene la violencia del sector motor, más cargada de ética y afectividad, más cercana a los modelos weberianos de acción social afectiva o de acción social orientada por los valores.

Todo ello lleva a afirmar en términos muy esquemáticos cómo el nacionalismo, durante el Franquismo, dada su sensibilidad sobre la realidad cambiante, genera izquierda, mientras que de la izquierda no se puede decir que genera nacionalismo. Proceso inverso al que se dio en Navarra cuando el gran auge industrializador (finales de los 50 y década de los 60, sobre todo a partir del Plan de Promoción Industrial de la Diputación de Navarra de 1964). “En Navarra lo que se produce primariamente es una radicalización política (en términos de izquierda) y ésta es la que progresivamente lleva a la asunción de postulados nacionalistas. Esta y no otra es la razón por la cual en Navarra en todas las comarcas se da (en las elecciones de la época democrática) una superioridad del nacionalismo radical sobre el moderado” (Pérez-Agote, 1989, 13). La sucesión de mecanismos fundamentales que explicaría la mediación entre proceso de industrialización y urbanización por un lado y la adhesión al nacionalismo radical sería, esquemáticamente hablando, la siguiente: flujo de campesinos navarros tradicionalmente sometidos al control ideológico de la Iglesia (carlismo) hacia Pamplona y otras cabeceras de comarca; brusco cambio de sus condiciones y tipo de vida; profundo giro ideológico hacia la izquierda en la Iglesia, en los sacerdotes y seminaristas en contacto con estas nuevas realidades; génesis y auge de ciertas organizaciones obreras radicales en las que, por lo dicho, se da una fuerte penetración de la Iglesia; adopción especular por parte de estas organizaciones del modelo de movimiento obrero más radical, que entonces estaba representado por el sector

nacionalista del movimiento obrero de Vizcaya y, sobre todo, de Guipúzcoa (Pérez-Agote, 1989).

En los años 50 y sobre todo en los años 60 se da un progresivo crecimiento de la densidad de las relaciones intersubjetivas y de las relaciones asociativas que no se corresponde con el alto grado de desarrollo industrial y de urbanización alcanzado.

Durante los años sesenta, ETA se fue afianzando progresivamente en la violencia armada. Es un fenómeno político que no puede comprenderse en términos de partido político, de organización política unitaria. Más bien debe comprenderse como movimiento social que no es unilineal, sino irregular y ramificado. De tiempo en tiempo se escinde en varios grupos, pero existe siempre una especie de continuidad cuyo soporte es un grupo militar de ideología nacionalista radical. Desde este supuesto ideológico, sus militantes trataban de comprender la realidad social, cambiante debido al apogeo de la industrialización que en los años 50 y 60 está produciendo la proletarización del campesino vasco, la inmigración de población proveniente de diversas zonas españolas y un cierto relanzamiento del movimiento obrero. Periódicamente, el núcleo nacionalista radical del movimiento, que constituye su sector más dinamizador, organiza un *frente obrero*; lo cual facilita la penetración de elementos teórico-políticos genéricamente marxistas en su ideología. Entonces, la toma de posiciones de izquierda de un sector del movimiento provoca la reacción virulenta del sector nacionalista radical. El debate teórico se produce sobre a qué hay que dar prioridad en la teoría y en la práctica, a la lucha de clases o a la liberación nacional. Las consecuencias que producen estas tensiones periódicas van en un doble sentido. Por un lado, se produce una escisión, con la constitución de un nuevo grupo o con el trasvase de militantes a organizaciones de la izquierda tradicional. Por el otro lado, se produce una transformación ideológica en el grupo nacionalista radical, con la incorporación de elementos teóricos genéricamente marxistas, y una transformación en los grupos de izquierda con la incorporación de ciertas tensiones nacionalistas a su ideología. En estos sectores escindidos periódicamente del sector más nacionalista, se acepta la lucha de clases como elemento teórico-práctico central y así se da un abandono de la lucha militar o bien el sometimiento de ésta a un control político, perdiendo ciertas características que tiene la violencia del sector motor, más cargada de ética y afectividad, más cercana a los modelos weberianos de acción social afectiva o de acción social orientada por los valores.

### 2.3 Desde el Consejo de Burgos<sup>43</sup>(1970): la calle como espacio de expresión política pública.

A partir de 1970 es cuando toda esta vida colectiva, a la que he llamado *clandestinidad colectiva*, se hace pública, fundamentalmente a través de las grandes manifestaciones que se suceden ampliamente hasta los primeros años del Posfranquismo. La densa vida

---

<sup>43</sup> En diciembre de 1.970 se produce el llamado Juicio o Consejo de Burgos, en el que un tribunal militar juzga a varios militantes de ETA. Con este motivo se producen importantes movilizaciones populares.

colectiva, a partir del Consejo de Burgos de 1970, se hace pública, se rompe la clandestinidad y se asiste a una creciente multiplicación de la utilización pública de símbolos vascos. “Lo nacional” comienza a ocupar un lugar social público dominante, aunque, evidentemente, no política ni económicamente dominante.

Los dos procesos sociales de enfrentamiento (entre la violencia del Estado y la de ETA) y de reforzamiento (entre la violencia de ETA y la adhesión afectiva colectiva a esta violencia) produjeron un rápido crecimiento de la presión del entramado intersubjetivo reducido al silencio. Esta situación se rompió hacia 1970, año en el que se comenzó a producir la expresión pública de esta vida colectiva. Cada vez más, a partir de 1970, a través fundamentalmente de su vida asociativa y de la cuadrilla, esta vida colectiva se volcaba en la calle en los momentos cruciales de la vida social. La ocupación de la calle, a pesar de su carácter intermitente, supuso la apertura de un proceso por el cual los símbolos vascos fueron saliendo a la superficie social: el nacionalismo se hace público y públicos se hacen los símbolos de la diferencia, que hasta entonces permanecían en la privacidad. En este sentido, en la calle y en general en los espacios públicos el nacionalismo se fue haciendo dominante, aunque políticamente no lo fuera.

El proceso de comienzos de los años 1970, por el cual la vida colectiva se va haciendo, en la calle, cada vez más política se interfiere en los procesos de enfrentamiento y reforzamiento de que ya había hablado. El mutuo reforzamiento se hace ahora entre vida colectiva, ocupación de la calle y violencia de ETA; y estos tres elementos, sólidamente imbricados entre sí, se enfrentan con la violencia estatal. Esta compleja dinámica social culmina en los primeros años del Posfranquismo, dificultando, en ese período de la Reforma Política, la apropiación del carácter democrático representativo por parte de los nuevos partidos políticos que se van formando; es difícil sustraer la política a la vida colectiva y a la calle para situarla en una esfera diferente de la vida social en donde actúen los representantes (representación como delegación política y representación en el sentido teatral) del pueblo, es decir, los políticos profesionales. Esta constitución de la política en esfera diferenciada de la sociedad es al fin y al cabo el modelo político occidental al que se intentó adecuar la sociedad española a través de la llamada Reforma Política o democratización de España. Las dificultades en el País Vasco para la constitución de la política en esfera separada ocurrieron en tres ámbitos analíticamente diferenciables: la despolitización de la vida colectiva, la reducción de la política a los partidos políticos y la conversión de éstos a la política institucional.

### **3. Tras la muerte de Franco: la Transición a un régimen democrático, pero no exento de problemas democráticos**

#### ***3.1 Los cambios en las percepciones y valoraciones de las formas de violencia dentro del mundo nacionalista.***

Con respecto a las violencias físicas - la que procedía del Estado y la que procedía de ETA -analicé los cambios en las percepciones sociales de los actores sociales inmersos en el amplio entorno del nacionalismo vasco. La valoración de los cambios políticos ocurridos a raíz de la muerte de Franco variaba entre una moderadamente positiva y otra absolutamente negativa, lo que estaba en relación con las imágenes que se sustentaban de las instituciones autónomas, en particular del Gobierno Vasco, y del Estatuto de Autonomía. La valoración más positiva la encontré en el entorno del PNV, que, sin embargo, no perdía el horizonte de la independencia, que seguía siendo para ellos un derecho evidente. La confrontación con el centro político no desaparecía, pero instauraban una cierta gradación temporal del camino a la independencia, aunque con escaso grado de concreción.

La percepción más negativa del cambio correspondía al entorno de la llamada *izquierda abertzale*, en donde constaté un proceso de progresiva privatización de la vida social, y, sobre todo, una progresiva disminución de la tendencia a la movilización política; lo que corría paralelo a una progresiva absorción de la actividad política por los partidos políticos; en definitiva, se apreciaba la creciente institucionalización de la política en una esfera separada de la sociedad, de la vida social interactiva; en este entorno político seguía dominando la idea de que el auténtico Estado era el español, que seguía ejerciendo una fuerte represión política sobre el País Vasco; y el Estatuto y el Gobierno autónomo no representaban un auténtico poder, sino que, más bien, servían para aminorar las tensiones políticas. La gran diferencia en el interior del complejo entramado radical estaba montada sobre la función política de los partidos. Quienes provenían de sectores más cercanos a la vertiente político-militar de ETA, pensaban que las instituciones democráticas, en abstracto, representaban la forma única posible de ejercicio legítimo del poder. Esta diferencia recubría perfectamente la diferencia fundamental entre las dos ramas de ETA: la diferencia entre creer (rama político-militar) o no creer (militar) en la necesidad de un control político (es decir, ejercido por los partidos políticos, por los profesionales de la política) del proceso sociopolítico en general y del ejercicio de la violencia en particular. Para la rama militar, la función de la violencia estaba más cerca de los modelos weberianos de comportamiento racional en cuanto a valores y de comportamiento afectivo. Mientras que, para la rama político-militar, la violencia debía definirse como instrumento político para la consecución de fines graduados en el tiempo, es decir, una violencia más cercana al modelo de comportamiento racional en cuanto a fines y por tanto más sometida al análisis de la situación política y por tanto a la consideración del centro real de poder, el Estado. La distinción weberiana era clave; la diferencia estaba en plantearse la independencia política de Euskadi como valor (afectivamente protegido) o como objetivo final de una cadena de objetivos intermedios. La diferencia era también la diferencia entre una ética de valores absolutos y una ética de la responsabilidad. En la ética de valores absolutos, en la acción racional en cuanto a valores, la acción (violenta en este caso) es ya resultado, no hay que esperarlo ni predecirlo; es ya resultado, pues intenta sustentar un valor o restituirlo si se considera violado, siendo secundarios los

efectos que se deriven de esta acción. Tanto en la acción racional con respecto a valores como en la acción afectiva la acción es ya resultado; cuando, además, la acción racional lo es en cuanto a valores afectivamente protegidos (valores fundamentales en general, primariamente socializados) parece que sería difícil distinguir este tipo de acción de la acción afectiva; la acción racional en cuanto a valores sería más meditada, preconcebida y planeada (no en sus resultados o efectos) que la afectiva, que sería más inmediata al estímulo.

En la oleada de trabajo cualitativo del año 1984, me encontré con que en los discursos oficiales de los partidos políticos la aceptación o condena de la violencia de ETA constituía un límite separador entre ellos. En HB, seguía funcionando la valoración positiva de la función política de la violencia armada, acompañada con referencias constantes a la independencia, a la amnistía y a la expulsión de las fuerzas de seguridad del Estado.

En el discurso social de los actores, también se daba ese límite, pero la nitidez era mucho menor. El discurso del actor, de cualquiera de las tres tendencias, estaba atravesado por escisiones internas al propio actor, de las cuales posiblemente la más importante era la escisión entre sentimiento y razón, como consecuencia, más que probable, del carácter biográfico de la significación social de la violencia en el País Vasco. La experiencia biográfica de la violencia significaba que los actores poseían una experiencia propia o a través de un familiar, un amigo, o un conocido como mucho, de la violencia física del Estado y entre ellos figuraba alguien que había estado cercano a la violencia armada de ETA e incluso alguien que pertenecía a esa organización.

La imagen de los presos de ETA había ido decreciendo en su significación romántica y en su capacidad de promover movilizaciones populares. Sin embargo, la población de presos era a finales de los ochenta muy amplia y no encontré - por la conexión personal apuntada y por la memoria histórica de épocas anteriores- en el discurso nacionalista de cualquiera de las tres vertientes (PNV, EE, HB), la calificación de terroristas de los militantes de la organización armada, e incluso, en el discurso más racionalmente negador de la función política positiva de la violencia armada encontré el rechazo explícito de este calificativo.

Un hecho fundamental reconocido en todas las tendencias del nacionalismo era que en la sociedad vasca se estaba produciendo en general la progresiva pérdida de imagen positiva que estaba sufriendo ETA a lo largo de los ochenta. La práctica totalidad de mis informadores de los años ochenta me hablaban de la pérdida de capacidad movilizadora del tema de los presos y del decaimiento de su imagen romántica, lo cual significaba que se estaba produciendo una pérdida de la identificación con ETA o, hablando más cautamente, una pérdida de importancia social y política de la identificación afectiva con ETA. Y la práctica totalidad de mis entrevistados mantenía al mismo tiempo una negación

absoluta de los cuerpos estatales especializados en el ejercicio de la violencia oficial, por lo que concluí que, en relación con el problema de la legitimación social de la violencia política, en el mundo del nacionalismo los actores oscilaban entre la legitimación de la violencia de ETA, en un extremo, y el vacío de legitimidad, en el otro. Anteriormente había destacado cómo durante el Franquismo se dio una fuerte y progresiva relación entre los factores que producían legitimidad (adhesión afectiva) de la violencia de ETA y de los factores que producían ilegitimidad de la violencia estatal. En los ochenta parecía ocurrir, sin embargo, una cierta autonomía (por supuesto, relativa) de la conciencia deslegitimadora de la violencia estatal con respecto a la actitud positiva sobre la violencia de ETA. En el interior del mundo nacionalista continuaba dándose unanimidad en el rechazo a la violencia estatal pero no en la valoración positiva de ETA. En los sectores en los que se daba un rechazo de la violencia estatal y una ausencia de valoración política positiva de ETA, me encontré con que seguía funcionando un mecanismo que había destapado en mis análisis de la etapa franquista; el mecanismo que denominé la “escisión razón-sentimiento”: quienes pensaban en los efectos negativos de una acción violenta de ETA se identificaban afectivamente con quienes la habían llevado a cabo.

### *3.2 Los cambios en las formaciones violentas y sus opciones*

A la muerte de Franco, el escenario social y político se va modificando rápidamente. Por una parte, está la importancia política de la vida colectiva interactiva, y, por la otra, la importancia de la calle como espacio político (importancia en sí y como instrumento de "evaluación social" del "apoyo popular" a la legitimidad de un slogan político a través el número de manifestantes); ambos fenómenos, muy relacionados entre sí, entraron en competencia con las elecciones políticas. Por otro lado, se produjo la fundación de una serie de organizaciones políticas bajo la garantía simbólica de ETA, en sus dos ramas existentes, la "militar" y la "político-militar". Así nacieron EIA, bajo el amparo de la rama "político-militar" y una serie de partidos que más tarde pasaron a formar la coalición Herri Batasuna, al amparo simbólico de la rama militar.

Un ámbito en el que este proceso de constitución de la esfera política representativa y, por ello mismo, separada, propia como tal de una democracia representativa, fue el del campo de la violencia política llevada a cabo contra el Estado. Probablemente el momento más difícil de la relación entre los dos sectores, militar y político-militar, se dio en el tiempo que comienza con la muerte de Franco y en el que la mayoría de las tendencias políticas trata de encontrar la manera de llegar a una forma moderna de democracia; frente a esa situación de tomar una decisión sobre incorporarse o no al proceso de construcción en España de una democracia representativa los político-militares tratan de introducirse en ese proceso. El otro sector, el puramente militar de ETA, al poner por delante la cuestión nacional como más relevante que la que definían como lucha de clases, decidió que la que vendría a llamarse la Transición no cambiaba nada relevante en la situación del País Vasco, y, por lo tanto, tendrían que seguir con la misma estrategia y, también, con la misma forma de lucha, es decir, la lucha armada. Mientras, el otro sector fue



decidiéndose a la formación en 1977 de un partido político EIA (Euskal Iraultzarako Alderdia), que se incorporó a la coalición Euskadiko Ezkerra y que, más tarde, en 1993, se fusionaría con el Partido Socialista de Euskadi, proceso que implicaba ciertamente un progresivo alejamiento de la violencia como medio de lucha y, por otro lado, alentaría un progresivo interés de ciertos sectores de la izquierda por la cuestión nacional vasca.

Para mostrar la definición de la realidad que mayoritariamente mantuvo tanto ETA militar como el sector nacionalista radical que permaneció fiel a ésta y a su violencia desde comienzos de la Transición, puedo exponer la que me hizo un importante personaje del entorno nacionalista radical cuando ya estábamos a punto del último cambio de siglo y con el sistema democrático y autonómico español ya totalmente asentado desde hacía bastante tiempo. El lector la puede ver en el cuadro 2<sup>44</sup>:

**Cuadro 2. Definición de la situación mantenida por el nacionalismo más radical desde la Transición hasta el proceso interno de opción por la pacificación.**

1-	Persiste una situación colonial opresiva del Centro, del Estado, sobre Euskal Herria.
2-	Euskal Herria necesita todavía hoy una solución política: en general, la independencia política, y, en sentido más estratégico, la negociación política con ETA.
3-	La institucionalización política actual no ha hecho sino inhibir la participación política popular. De esto son particularmente responsables los partidos políticos. La Transición política no ha resuelto los problemas de Euskadi.
4-	La violencia de ETA sigue teniendo su razón de ser en la situación de dominación que vive Euskadi. Y, además, es necesaria para recordar continuamente a la población que la situación no ha cambiado.
5-	La crisis económica no hace sino poner de manifiesto la dominación capitalista que sufre Euskal Herria. Es otra puerta que llama a la violencia, sobre todo juvenil.
6-	La violencia juvenil callejera <sup>45</sup> (es consecuencia de la situación política y económica de Euskal Herria.

Estos puntos mostraban a la perfección la perpetuación de la definición del nacionalismo radical, de la profecía hecha en los primeros años de la Transición: la Transición no cambió nada. En la propuesta 4 podemos encontrar una clave fundamental para la comprensión de la debilidad intrínseca de la profecía radical de que “nada había cambiado”: como era socialmente evidente que sí habrían cambiado las cosas, era preciso para el mundo radical cortar la comunicación con el resto de la sociedad para así poder seguir manteniendo la profecía como definición objetiva de la realidad política; y así resultaba la paradoja siguiente: la razón para que la violencia continuara era que nada había cambiado; pero, a la vez, era necesario que la violencia recordara a los que la legitimaban que nada había cambiado. La veracidad de esta profecía pudo ser mantenida de forma continua en círculos cerrados; lo fue a través de la interacción social intergeneracional en el seno de ciertas familias de ideología radical. Pero para que la

<sup>44</sup> Se presentó en el lugar, un pueblo de Guipúzcoa, en el que tenía concertada una cita con miembros de 45-50 años de la citada tendencia política para realizar una entrevista de grupo. Después de cada pregunta, antes de que los convocados miembros del grupo contestaran, este personaje hacía una introducción, marcando así los límites de las respuestas de éstos. La entrevista se desvió del objetivo previsto, pero fue muy clara para poder establecer la férrea definición oficial del problema político del País Vasco. No se me permitió grabar la entrevista, por lo que no puedo citarla como tal. (Pérez-Agote, 2006, 203-204; 2008, 283-284).

<sup>45</sup> Hacía referencia a la lucha juvenil en la calle en general y no específicamente a la denominada *kale borroka*, expresión que se refiere, como se verá, a una forma específica de lucha callejera.

creencia en ese enunciado fuera generalizada en el mundo radical tenía que existir un mecanismo interno, una estructura de plausibilidad que posibilitara esa coherencia interna. Por esta razón tuve que volver en esa época al trabajo de campo, para ver cómo era posible mantener un islote de comunicación intergeneracional, sin comunicación con un entorno social general. Este mundo aislado del entorno general se encontraba en la red de lugares sociales en los que se daban este tipo de relaciones intergeneracionales en cada pueblo o barrio. Se trataba de redes sociales que controlaban la acción política; se trataba de un control social de la actividad política más que un control político-organizacional de esa actividad; un complemento social del papel desempeñado por las familias y su vertiente afectiva.

En los años ochenta, en mi vuelta al trabajo de campo, quise prestar atención especial a las transformaciones que se venían produciendo en los mecanismos de la vida cotidiana que durante el Franquismo mantenían la que he llamado subcultura de oposición; una oposición política a un régimen que impedía la libre expresión del descontento social. En cada núcleo de población se fue constituyendo durante el franquismo una zona central (en algunos sitios más diversificada que en otros) de encuentro colectivo en el ritual del poteo de las diferentes cuadrillas; la red de bares en que se desarrollaba ese ritual de los grupos *inter pares* era la misma para todas las edades en cada barrio o pueblo, aunque cada cuadrilla la recorriera de manera distinta; entre todas las cuadrillas de las distintas edades se conformaba así un territorio de ocio que era común para el concreto núcleo de población. Se convertía este ritual así en el soporte simbólico de una idea de centralidad y comunidad del barrio o pueblo de que se tratase.

Lo que iba cambiando desde el final de ese régimen era, precisamente, que se estaban generando nuevos centros políticos – el propiamente central del Estado y el autonómico de cada Comunidad Autónoma – para los que los nuevos profesionales de la política intentaban difundir la aceptación social de su representatividad democrática. La política comenzaba a normalizarse, lo que llevaba consigo una pérdida de la intensidad dramática de la actividad política. Esta normalización de la política implicaba una progresiva privatización de la vida cotidiana, acelerada a su vez por la entrada en la arena pública de las nuevas generaciones cuya historia vivida<sup>46</sup> era la de una Dictadura decadente que ya no podía dominar desde finales de 1.970, cuando las movilizaciones populares fueron instituyendo la calle como lugar para la expresión política de la población.

### 3.3 La crisis de la subcultura de oposición.

El mundo de la cuadrilla y de su ritual de mantenimiento había sido, sin duda, la estructura de plausibilidad de las amplias movilizaciones sociales cuyo inicio puede fijarse al

---

<sup>46</sup> En el epígrafe 4.4 podrá ver el sentido muy específico de lo que propongo como objetivación de la historia, que no tiene que ver con la veracidad de la historia.

comienzo de los setenta y cuyo cenit se alcanza en los primeros años del Posfranquismo. Del análisis de la vida social de las cuadrillas en los años ochenta, tras la Transición, pude extraer una serie de conclusiones: a) la frecuencia de las relaciones era cada vez menor, particularmente en cuanto al ritual del *poteo*, sobre todo en los grupos intermedios de edad; b) actividad de este mundo se desplazaba hacia los fines de semana y era más intensa, por razones económicas, a principios de mes que a finales; los horarios, se reducían y cada vez era práctica más habitual, durante la semana, ir directamente a casa desde el trabajo; c) las cuadrillas que se iban formando entre los más jóvenes eran claramente de menor tamaño, lo que las acercaba a ser un tipo de grupo de mayor intimidad, más centrado en los temas personales y mucho menos en los problemas políticos; d) en general, también se observaba una mayor privatización de todos estos grupos, en el sentido de darse menos relaciones entre las diferentes cuadrillas y, particularmente, en el de pérdida general de proyección exterior, política de la cuadrilla; e) las cuadrillas de adultos eran de mayor tamaño, más homogéneas desde el punto de vista político y con mayor proyección exterior; en las otras edades, la proyección política no parecía pero se notaba mayor disminución; f) las cuadrillas de los más jóvenes visitaban menos de la mitad de bares que las de los mayores, e iba desapareciendo entre ellos el vino como consumición y creciendo el de cerveza<sup>47</sup> y refrescos; g) se producía una progresiva desconexión intergeneracional entre los rituales de las cuadrillas, derivada del etiquetamiento de los bares en términos de edad y en términos políticos, lo que estaba produciendo una pérdida relativa del sentido de centralidad, de referencia común del barrio o pueblo; h) La materia comunicativa había dejado en general de ser la política y se hacían cada vez más frecuentes los temas generales y deportivos; i) fueron apareciendo los bares que eran sedes de las diferentes opciones políticas; j) Una característica genérica que se iba extendiendo era el socavamiento del implícito *continuum* actitudinal de no rechazo o aceptación de la violencia de ETA y su sustitución por la escisión ideológica entre quienes la aceptaban y quienes no la justificaban; sobre este fenómeno social volveré en el epígrafe siguiente, ya que el que he llamado *continuum* actitudinal constituía una sólida estructura de plausibilidad de la capacidad del nacionalismo radical para provocar movilizaciones masivas en los diferentes barrios o pueblos en los que predominaba la subcultura de oposición.

Con respecto al otro mecanismo que conformaba el desarrollo de la subcultura de oposición al Franquismo, la red de asociaciones cuyos auténticos objetivos de concienciación política permanecían ocultos al exterior, pude observar que también esa red se hallaba en proceso de privatización, decayendo sus funciones políticas implícitas, y que, al mismo tiempo, declinaba su vitalidad, aunque algunas de estas asociaciones recuperaba su actividad retomando realmente sus viejas funciones aparentes, sobre todo entre las generaciones más jóvenes, claramente más privatizadas.

---

<sup>47</sup> El vaso pequeño de cerveza denominado *zurito*.

Paralelamente a la privatización general de la vida se producía una privatización general de la religión y de la Iglesia, retirándose ésta del campo público de la legitimación o deslegitimación política, y refugiándose en el campo de la cotidianidad privada. Consciente de la privatización general de la vida, del predominio del espiritualismo sobre el compromiso político-social en el campo religioso y, por lo tanto, del abandono por parte de los grupos religiosos de la crítica a la jerarquía oficial misma, ésta intentaba retomar la iniciativa de esa religión privatizada.

Entre las edades más jóvenes comenzaba a extenderse una nueva forma de ocupación ritual del espacio y del tiempo de ocio: la *zona*, como alternativa al circuito de poteo que se había ido dibujando durante el Franquismo. Las diferencias formales serían las siguientes: a) en el circuito se da una sucesión prefijada de paradas cortas en distintos bares, con un horario definido en forma aproximada para cada cuadrilla. En la zona se hacían menos paradas y se estaba mucho tiempo en cada una; b) en el circuito, en cada parada, todo pasa dentro del establecimiento, mientras que en la zona es tan importante el fuera como el dentro; este nuevo uso interactuaba con los nuevos horarios, más tardíos, provocando conflictos entre el gremio de la hostelería y los jóvenes de “la zona”, en un bando, y vecindarios y ayuntamientos en el otro; del hablar y, de vez en cuando cantar, en el poteo, se pasaba al hablar con música de fondo; en la zona, los días y horarios también cambiaron, pues los jóvenes salían fundamentalmente los viernes y los sábados y lo hacían bien entrada la noche, quedándose en la zona hasta altas horas de la madrugada; c) en cada barrio o pueblo no había una sola zona, sino varias, cada una de las cuales correspondía a un cierto tramo de edad; d) en la zona no se hablaba en general de política; y se perdía la función de estructura de plausibilidad se la subcultura de oposición; e) en la zona aparecían nuevas formas de comportamiento, como el aprovisionamiento, previo al encuentro amistoso, de alcohol y refrescos en un gran almacén, con objeto de consumir la mezcla en la calle y así ahorrar.

Se había pasado así de una época de ritual colectivo intergeneracional cuya materia de comunicación era política y de un mundo asociativo con funciones ocultas de socialización política, a otra en que se da una re-funcionalización de las asociaciones y una explosión por edades de las prácticas de ocio con pérdida de sentido político.

### 3.4 La coexistencia de generaciones políticas en los años finales de la violencia política.

En términos sociopolíticos consideramos que en la sociedad vasca actual coexisten varias generaciones dentro del nacionalismo, cuyas matrices de identidad han sido determinadas en diversos períodos de un proceso de cambio social y político, que ha sido muy rápido e intenso. Los hitos que marcan la formación de estas generaciones políticas han sido: la Guerra Civil, el franquismo y la Autonomía Política. Y así podemos establecer, en forma aproximativa, las

siguientes generaciones políticas en el interior del mundo nacionalista.

- Generación de *preguerra*: los que nacieron y se socializaron en términos políticos antes y durante la Guerra Civil. Su matriz identitaria prototípica sería la religiosa o, más claramente, la religiosa-política. Una identidad política nacionalista argumentada, legitimada en términos religiosos.

- Generación de la *posguerra* y del *Franquismo duro*: los nacidos después de la Guerra van a ser socializados políticamente durante el franquismo más rígido. Con ellos se da una radicalización nacionalista de soporte generacional, que en el ámbito familiar (relaciones intergeneracionales intrafamiliares) adquiere carácter ambivalente: identificación afectiva con sus padres humillados y frustrados por la Guerra Civil y enfrentamiento con ellos por su inactividad política. La parte visible del *iceberg* sería la formación ETA. Esta generación operó una inversión: la matriz de su identidad se hace totalmente política: desde la política se enjuicia y valora todo, incluso la religión. Se seculariza la religión y se sacraliza la política.

- Generación del *franquismo decadente* y de la *Autonomía Política*: quienes nacen a partir de los años sesenta se socializan políticamente en un franquismo deteriorado o en el período de la Transición política. A partir de 1970 el nacionalismo es dominante en el ámbito público, político. Se socializan en una época en el que el espacio político por excelencia es la calle. Sobre ellos pivotan las fuerzas privatizadoras de la vida social y las fuerzas que tratan de institucionalizar la nueva esfera política diferenciada. En su conciencia, el franquismo se desdramatiza, pues el franquismo duro pasa de ser historia vivida a historia contada por la generación anterior. Pero en ellos se da también una fuerte politización de la vida colectiva: se resisten a la privatización.

- La *nueva generación de los nacidos en los ochenta*: el Franquismo se ha desdramatizado totalmente para ellos. Se socializan en una sociedad con una esfera política diferenciada y consolidada. Pero a la vez se desinteresan de la lógica política institucional. Es una generación más pluralista y tolerante en el sentido de que la formación de grupos *inter pares* no está determinada por las opciones políticas. Se da en esta generación una fuerte privatización, pero, por otro lado, se dan nuevas formas de participación social y política. Como consecuencia de esta desdramatización, secularización política, se produce una cierta despolitización de lo vasco y su correspondiente *re-etnización*. Con ello quiero indicar que los signos diferenciales de lo vasco cobran una importancia *per se* y no por su proyección política. Esta reetnización de lo vasco sólo es socialmente plausible en un mundo público

social en el que lo vasco está socialmente garantizado y su vigencia es tenida por garantizada.

- No voy a sugerir aquí una profundización de las generaciones posteriores, porque tendría que extenderme hacia otras dimensiones de la vida social en una sociedad en que, afortunadamente, la vida se ha normalizado en tanto que se ha normalizado la política. El sistema público de integración social (sistema educativo-mercado de trabajo), las salidas vitales culturalmente disponibles para los jóvenes y las relaciones intergeneracionales intrafamiliares (sistema privado de integración) producen distintos tipos de adaptación-desadaptación juvenil, muchos de cuyos aspectos sobrepasan el límite de este trabajo.

3.5 *La excepción a la crisis de la subcultura de oposición en un ámbito cada vez más cerrado: el nacionalismo radical como profecía falsa que se auto-cumple para un mundo social concreto, cada vez más incomunicado con otros sectores sociales, cada vez más autorreferente y dotado de sólidos mecanismos sociales de relación, mantenimiento y control.*

Entre 1978 y 1980 se da el tramo más violento de historia de ETA; 264 muertos en solamente tres años, lo que equivalía a prácticamente un tercio de la totalidad que produjo este grupo durante sus 43 años de existencia; en 1980, contaba esta organización con una población de más de 500 presos.

El mantenimiento de la violencia de ETA dificultaba cada vez más la posibilidad de la fusión de los dos polos nacionalistas. Así, cada vez más, la tendencia a una fisión clara del nacionalismo cobraba fuerza, lo que estaba produciendo dos consecuencias importantes. La primera era que posibilitaba la convivencia y el pacto del polo nacionalista moderado con las fuerzas políticas de fuera del nacionalismo vasco. Y la segunda era que se estaba produciendo una densificación y fusión internas progresivas del mundo radical nacionalista; este mundo social se convertía en progresivamente autorreferente y socialmente aislado, como se señala en el cuadro 2, presentando una serie de dimensiones:

- La disolución progresiva del mecanismo de la escisión entre la razón y el sentimiento - que posibilitaba que quienes dentro del nacionalismo no estaban de acuerdo en términos políticos racionales con la violencia de ETA se identificaran afectivamente con ella - y su sustitución por una escisión total - racional y afectiva - entre los que la aprobaban y los que la rechazaban tenía como consecuencia fundamental la quiebra de la plausibilidad de amplias movilizaciones de masas mediante *slogans* radicales. Y esta quiebra fue determinando que las organizaciones políticas radicales tuvieran que optar por un cambio funcional para adaptarse a la situación, pasando de intentar la movilización de masas simpatizantes a formar núcleos más motivados por una doctrina central para realizar tareas concretas.

- Según informadores del entorno radical esa doctrina central tomaba la forma de un discurso autocentrado, autorreferente y sin fisuras, que se correspondía con un sentimiento de aislamiento.
- En las cuadrillas de este entorno político se daba una mayor coherencia (monolitismo) ideológica.
- Era mayor, relativamente a otras organizaciones políticas, su capacidad de captación de jóvenes; en la generalidad de la sociedad se daba un mayor pluralismo político-religioso de los grupos *inter pares* juveniles, lo que implicaba menor atracción por adscribirse a una organización política concreta.
- El entorno radical se iba constituyendo un auténtico mundo cerrado, en el sentido de ser una red de captación y adoctrinamiento<sup>48</sup>; y, por otra parte, bien la *Herriko Taberna*, sede de *Herri Batasuna* de un pueblo o barrio, o un bar políticamente denotado como radical, se constituía en estructura de plausibilidad logística para las acciones de la *kale borroka*, forma específica de acción que el mundo radical se ve obligado a diseñar por la quiebra de su capacidad de movilización masas en esos tiempos en que la escisión razón-sentimiento se ve progresivamente sustituida por la escisión absoluta entre quienes estaban a favor de la violencia de ETA y quienes estaban radicalmente en contra. En general, tanto los circuitos de potoe en barrios y pueblos como los bares mismos se habían diversificado en términos de edad; en los únicos lugares en que continuaba dándose una relación intergeneracional era en esas sedes del nacionalismo radical y en los bares políticamente denotados en ese sentido.

**Cuadro 3. La *kale borroka* como forma histórica diferenciada de lucha radical, que la población calificaba así para diferenciarla del significado genérico de *lucha callejera*: se trataba de una forma de denominar popularmente una forma específica de lucha con características específicas propias de una época.**

Durante el Franquismo y, sobre todo, a partir de 1.970, cuando la calle se convierte en el nuevo espacio en que la expresión política del descontento social y político con el régimen franquista, a las manifestaciones callejeras acudían todas las tendencias del nacionalismo; y en ellas lo normal era que, en los momentos finales, los sectores más radicales ritualmente adoptaran conductas más fuertes, atacando algunos establecimientos o destruyendo piezas del llamado mobiliario urbano, señales, farolas, etc. Desde el mundo radical juvenil se producía una cierta violencia en la calle. Pero ésta era el resultado final de una acción de masas o, al menos, de una concentración de masas. Era una ritualización violenta del final de la concentración y, en este sentido, era una acción predecible y, en principio, no planificada. Sin embargo, cuando se empieza a hablar de la *kale borroka*, ya en el Posfranquismo, en realidad se estaba hablando de una forma nueva<sup>49</sup>, en la que se producían otra serie de acontecimientos: la llegada a un pueblo o barrio de un pequeño grupo de jóvenes que, encapuchados, realizaban actos de fuerza, como quema de cajeros automáticos de bancos, de autobuses, establecimientos, etc. No había una acción masificada y espontánea, sino que se trataba de una acción planificada, organizada y dirigida; se trataba de un comando de jóvenes venidos de fuera de la localidad, para así no ser reconocidos, bajo la dirección de alguien de mayor edad; utilizaban la sede de *Herri Batasuna* como base logística para cambiarse de atuendo al llegar y al salir de la localidad que fuera; localidad que en muchas ocasiones se encontraba, precisamente, en sus fiestas locales, lo que acentuaba la reacción negativa de la población, que y, muy particularmente, a los sectores moderados del nacionalismo, lo que contribuyó, sin duda, al proceso de divergencia interna de los sectores nacionalistas.

<sup>48</sup> Sobre la actual preocupación de Jarrai por el mundo educativo y por el adoctrinamiento dentro de este mundo, ver *El Correo*, 1 de abril de 1998.

<sup>49</sup> *Kale borroka*, cuya traducción al castellano es *lucha callejera*, es una expresión socialmente utilizada para referirse no a cualquier forma de lucha callejera, sino a la nueva forma que estoy tratando de definir; desde un punto de vista sociológico, entenderá el lector que es preciso diferenciar esta nueva forma de lo que en lenguaje coloquial puede ser catalogado con esta expresión en su sentido genérico como porque su significado social es radicalmente diferente.

La conexión interna de este sector radical cada vez más aislado y auto-referente se hacía por la vía de los grupos de edad que eran ideológicamente homogéneos; y, además, existían lugares sociales en los que se daba una coexistencia y una comunicación intergeneracionales. Este mundo social era, por tanto, una red de control social de las ideas y actividades políticas. Más que de un control organizativo se trataba de un control a través de las relaciones sociales generacionales e intergeneracionales, atravesadas estas últimas por una cierta jerarquización por la edad. Con el progresivo aislamiento y la progresiva incapacidad para las grandes movilizaciones de masas, este mundo hizo cada vez más denso, coherente, monolítico y autorreferente, sin capacidad de contraste de pareceres. Aumentó así su capacidad como red de captación y de adoctrinamiento de adeptos; y, por otra parte, también se incrementaba así su capacidad para servir de plausibilidad logística para las acciones de la *kale borroka*.

La definición de la situación política que realizó el sector más radical del nacionalismo, en el sentido de que la institucionalización del nuevo régimen político democrático español nada había cambiado con relación al País Vasco fue, en realidad, una profecía que se auto-cumplió (Merton, 1980, 505-520), en el exclusivo estricto sentido que voy a decir. Definieron que la Transición nada había cambiado y, por lo tanto, siguieron actuando como lo habían hecho durante el Franquismo. Unos haciendo la violencia y otros legitimándola. Las consecuencias de sus actos fueron que el Estado reprimió la violencia, persiguiendo y, en la medida de lo posible, encarcelando a los autores. Los presos eran presos comunes, para la parte de la sociedad que había aceptado la Transición democrática. Pero los que no la habían aceptado continuaban considerándolos como presos políticos. El mundo social intergeneracional y cerrado del nacionalismo vasco radical constituyó una estructura de plausibilidad para el mantenimiento de estas definiciones y estas actitudes en relación con la violencia. La familia que tenía algún miembro preso, político para ellos, era un medio intergeneracional en el que se reproducían estas definiciones. El mundo intergeneracional, concentrado en espacios concretos de cada barrio o pueblo, como acabamos de ver\*\*\*\*\*, constituía el medio más amplio, general y con mayor entidad política para el mantenimiento de la veracidad de la profecía; la incomunicación de este medio social con el resto de la sociedad vasca era la condición necesaria para el mantenimiento de la evidencia social interna de la veracidad de la profecía.

Al final de *Las raíces sociales del nacionalismo vasco* (Pérez-Agote, 2008, 284), advertía: “No estamos definiendo exactamente un círculo vicioso de retroalimentación perfecta. Está claro que, pese a que esta retroalimentación existe, este mundo se debilita, por lo que la figura descrita por este proceso no es tanto un círculo cuanto un movimiento elíptico que se dirige hacia su centro, a su desaparición. El problema es que, por un lado,



este proceso puede durar mucho tiempo, y, por el otro, que cuanto más acorralado esté ese mundo social la violencia que genere puede ser más ciega, menos selectiva, y de menor precisión técnica; con todo lo que ello significa de sufrimiento humano”.

El mundo social que he descrito constituía la estructura de plausibilidad de la profecía y también de su auto-cumplimiento. Merton (1980, 505-520) nos muestra cómo una profecía que se auto-cumple puede consistir en un proceso por el cual una definición falsa de la realidad se convierte en verdadera porque su mera enunciación, siempre que sea creída, induce unos comportamientos que modifican la realidad de manera tal que llega a adecuarse a la primera definición, que, ahora, deja de ser falsa. Con ello Merton creía que nos mostraba el lado más perverso<sup>50</sup> de la realidad social. Sin embargo, aquí vemos que una definición falsa consigue una estructura de plausibilidad social, un medio social en el que reproducirse, de manera tal que los actores pueden seguir considerándola como verdadera. La perversidad de la realidad social es tal que puede ser pura convención, sin confrontación con la *realidad objetiva*. En relación con el caso aquí presentado, se puede decir que cuanto más lejos de la objetividad esté la definición, más cerrada y sin confrontación exterior tiene que ser esa estructura de plausibilidad.

#### 4. - El proceso de pacificación. 201

##### 4.1 *El inicio del proceso.*

El comienzo del proceso que va a terminar de manera definitiva con la violencia de ETA lo podemos situar en el inicio de este siglo, aunque cierto es que se estaban produciendo con anterioridad determinadas condiciones en la sociedad española, y en la vasca en particular, que condicionaron positivamente la necesidad de poner fin a la violencia política.

##### **Cuadro 4. Los difíciles prolegómenos políticos del proceso de paz.**

En marzo de 1985, el Parlamento Vasco, había aprobado - por parte de todas las fuerzas con representación parlamentaria salvo la del nacionalismo radical (HB) - una resolución por la que se rechazaba la legitimidad de ETA para negociar los problemas políticos del País Vasco, para lo que únicamente lo estaban los partidos políticos con representación parlamentaria, el Gobierno Vasco y el del Estado. En noviembre de 1987, en el Congreso de los Diputados, se firmaba - sin los votos de Herri Batasuna - un acuerdo, llamado Pacto de Madrid, en el que se asumían los principios del citado acuerdo del Parlamento Vasco y se solicitaba del Gobierno Vasco que asumiera, “contando con el apoyo unánime de los representantes del Pueblo Vasco, el liderazgo en la desaparición de la violencia y el terrorismo, y en la consecución definitiva de la paz”. En enero del año siguiente, se firmaba, por iniciativa del Lehendakari Ardanza (PNV) el Pacto de Ajuria Enea. El objetivo del Pacto era llegar a un acuerdo entre las partes, y así el Gobierno español (Partido Socialista) podría

<sup>50</sup> Aunque recordemos que también nos enunciaba la posibilidad de las profecías que se auto destruyen: definiciones que por el mero hecho de ser enunciadas se convierten en falsas definiciones de la realidad.

llegar a una declaración de tregua por parte de ETA.

En los meses de enero, febrero y marzo de ese año de 1989, representantes del Gobierno español (en manos del Partido Socialista) y de ETA mantuvieron las llamadas Conversaciones de Argel, a raíz de las cuales esta organización armada declaraba una tregua de tres meses, pero que fue rota al cabo de pocos días.

Para la siguiente tregua hubo que esperar hasta septiembre de 1998. El 12 de septiembre de ese año se había firmado el Pacto de Estella (o de *Lizarrar*, en lengua vasca) por los partidos nacionalistas y que fue avalado por ETA: trataban así de "avanzar en la construcción nacional de Euskadi" sobre la base del reconocimiento del derecho de autodeterminación y de la incorporación de Navarra y el País Vasco francés a Euskadi. La tregua indefinida la rompió ETA a finales de noviembre; lo hizo no por la conducta del Gobierno de Aznar - ya que interlocutores de ETA se reunieron con una delegación gubernamental en Zúrich en mayo de 1999 -, sino porque consideraron que el PNV había incumplido el acuerdo de "avanzar en la construcción nacional".

Ya en enero del año 2000 ETA reanudó sus ataques y a finales de ese mismo año, el Secretario General del PSOE logró firmar un Pacto Antiterrorista con el Partido Popular, para recuperar la unidad de los partidos democráticos frente al terrorismo<sup>51</sup>. La situación en el País Vasco era difícil debido, además, a las tormentosas relaciones entre el Gobierno Vasco (cuyo Lehendakari, Ibarretxe, trataba de llevar a cabo un *Plan Soberanista*) y el Gobierno Español (cuyo Presidente era Aznar, del Partido Popular); ya en marzo de 2003, el Tribunal Supremo declaró la proscripción y la disolución de los partidos políticos de nacionalismo radical: Herri Batasuna, Euskal Herritarrok y Batasuna. Y en enero de 2004, el Tribunal Constitucional ratificó la decisión.

El nacionalismo independentista volvía a quedarse sin voz política en el llamado ámbito democrático.

Sin embargo, durante ese periodo de fuerte tensión, resumido en el cuadro 4, se estaba fraguando, en un ámbito privado y clandestino, el inicio del proceso final. En 2002, el Presidente de la sección vasca del PSOE, Jesús Eguiguren, y uno de los líderes del nacionalismo radical, Arnaldo Otegi, encuadrado en ETA político militar, comenzaron a celebrar reuniones secretas para tratar de encontrar una solución pacífica al conflicto vasco, pues, según observaban, no era legítimo dejar a sus descendientes un país en tal situación de ruptura. Perteneían a corrientes políticas bien opuestas, pero ambas personas provenían de pueblos geográficamente cercanos entre sí y hablaban euskera, lo que probablemente implicaba un cierto principio de confianza mutua. En sus reuniones, Otegi y Eguiguren analizaron juntos los fallos de los diversos diálogos entre ETA y el Gobierno Español, y, sobre todo, el último fracaso, el de las reuniones de Argel<sup>52</sup>. En su análisis, llegaron a una conclusión importante: era necesario intentar una doble negociación, porque había dos problemas centrales diferentes, que de manera conjunta eran difícilmente resolubles, porque cada uno de ellos conectaba con tipos de problemas muy distintos. Por un lado, el Gobierno Español y ETA tendrían que intercambiar presos por la paz; y, por otro lado, los partidos del País Vasco deberían debatir sobre el futuro político del País Vasco. En la necesidad de reformar el Estatuto del País Vasco estaban de acuerdo todas las partes interesadas, excepto el PP. Y esta reforma podría ayudar a incorporar a Batasuna en la mesa de todos los partidos vascos. Pero primero se necesitaba la legalización del partido de la Izquierda Abertzale, para hacer posible su incorporación

<sup>51</sup> [http://elpais.com/diario/2006/03/23/espana/1143068427\\_850215.html](http://elpais.com/diario/2006/03/23/espana/1143068427_850215.html)

<sup>52</sup> Eguiguren y Otegi, a la vista del error cometido en Argel, coincidieron en abrir una doble negociación separada. Gobierno y ETA abordarían la negociación sobre la base de canjear paz por presos y los partidos vascos decidirían, en una segunda mesa, el futuro político de Euskadi. La necesidad de reformar el Estatuto de Gernika, defendida por todas las formaciones vascas, a excepción del PP, ofrecía la oportunidad de incorporar a Batasuna al juego político. Antes tenía que recuperar la legalidad.

a la mesa de partidos, ya que desde la sentencia del Tribunal Constitucional de enero de 2004 todas las formaciones del nacionalismo radical estaban fuera de la ley<sup>53</sup>, al haber sido desestimado el recurso de amparo promovido por Batasuna. Antes de las Elecciones Generales de 2004, Eguiguren y Otegi deciden que el Gobierno español y ETA tienen que hablar. Eguiguren informa al Secretario General del Partido Socialista de Euskadi, Patxi López, quien, a su vez, informa al Secretario General del PSOE, Rodríguez Zapatero.

#### 4.2 *El triunfo del Partido Socialista en las Elecciones Generales españolas, las Conversaciones de Ginebra y el atentado de Barajas.*

El Partido Socialista gana las Elecciones Generales de 2004, y en abril Rodríguez Zapatero se convierte en Presidente del Gobierno español, y acuerda negociar con ETA. En agosto de 2004, ETA envía una carta al Presidente Rodríguez Zapatero, tratando de encontrar formas de comunicación para resolver el conflicto.

El 14 de noviembre de 2004, en la Asamblea de Anoeta, Otegi propone la doble mesa de negociación y la vía exclusivamente política de solución del conflicto vasco. Otegi envía una carta a Rodríguez Zapatero que responde que está dispuesto. ETA y el Gobierno aceptan la intervención de la Fondation Henri Dunant (Cruz Roja). El Centro de Diálogo de esta fundación fija la fecha: junio de 2005. Rodríguez Zapatero obtiene (mayo de 2005) el apoyo general (excepto el del PP) del Parlamento español para el diálogo, que comienza en Ginebra y se llega al acuerdo de que ETA declare el alto el fuego. Este es anunciado públicamente por ETA el 22 de marzo de 2006.

Este anuncio fue muy importante para el futuro del definitivo proceso de paz, porque llevó a la escena política los componentes emocionales internos del mundo social cerrado de la Izquierda Abertzale. Las familias tenían miembros en prisión o en el exilio, situación que en muchos casos había durado muchos años; el anuncio permitió la esperanza del regreso para presos y exiliados, y también para sus familias. Fue el momento de declaraciones colectivas de grupos de presos y exiliados. Y, por su parte, el Gobierno español estaba ya dispuesto a iniciar las conversaciones con ETA y los acercamientos y excarcelaciones de etarras. Pero la representación etarra no quiso comenzar con mecanismo llamado “paz por presos”, hasta que pudiera comenzar el diálogo de partidos sobre el futuro de Euskadi, para lo cual era necesaria la legalización del partido nacionalista radical, Batasuna.<sup>54</sup> Comenzaron así negociaciones muy complicadas y poco más tarde, el 30 de diciembre de 2006, llega el atentado de Madrid. Miembros de ETA, disidentes respecto al diálogo político, hicieron estallar una bomba en el estacionamiento

---

<sup>53</sup> Ver cuadro 4.

<sup>54</sup> Para conocer este proceso son muy interesantes los artículos de Luis R. Aizpiorea, en EL País, que son muy precisos y bien documentados; para este tema concreto, consultar el de 10 de junio de 2007.

del aeropuerto de Barajas, lo que provocó la muerte de dos inmigrantes ecuatorianos, que nada tenían que ver con el proceso. Y el 5 de junio de 2007, ETA anuncia el final de la tregua.

#### 4.3 Izquierda Abertzale toma la iniciativa: hacia una vía exclusivamente política.

Tras el atentado, el nacionalismo radical, impulsado por ciertas condiciones objetivas, toma la iniciativa de manera autónoma para poner fin a la violencia y para llegar a la aceptación generalizada, dentro del mundo social del nacionalismo radical, de la vía exclusivamente política para alcanzar sus objetivos políticos. Otegi forma y desarrolla, con una serie de colaboradores, una corriente de opinión muy crítica en relación a la violencia de ETA. Pero, por otra parte, ETA inicia un proceso en 2007 para desarrollar una nueva estrategia para un nuevo proceso de paz, y, de acuerdo con ello se constituye una nueva dirección de la Izquierda Abertzale.

Comenzaba así la competición entre dos tendencias. La apuesta más cercana a ETA consistía en conducir campañas muy violentas antes de llegar a los medios políticos. La otra tendencia, la cercana a Otegi, pretendía desarrollar directamente estrategias políticas que evitaran el uso de la violencia. Se abre dentro del nacionalismo radical una competición interna. En el verano de 2009 ETA lleva a cabo varios atentados, algunos de ellos mortales, y, ya en agosto, difunde un plan para avanzar en el proceso de unificación de fuerzas nacionalistas, plan en el que se diseñaba el papel de la lucha armada. En octubre, la tendencia opuesta, liderada por Otegi, difunde el documento titulado «*Clarificando la fase política y la estrategia*» en el que se aboga por los medios políticos exclusivamente pacíficos y por la constitución de una mesa de partidos para llegar a un acuerdo político sobre *Euskal Herria*. Frente a este documento aparece un nuevo documento, denominado «*Ponencia Mugarri*» elaborado por la tendencia partidaria de la violencia e impulsado por ETA. En febrero de 2010 el documento «*Clarificando la fase política y la estrategia*» fue aprobando asambleariamente en cada localidad; el 80% de la Izquierda Abertzale se mostró partidaria de la utilización de medios exclusivamente pacíficos. Ello produjo la retirada de la *Ponencia Mugarri*. Las conclusiones resultantes del proceso se difundieron abiertamente en el documento titulado «*Zutik Euskal Herria*».

El 13 de octubre, Otegi y otros líderes del nacionalismo radical, y en concreto algunos formando parte del grupo que con Otegi estaban llevando a cabo la movilización en favor de la asunción de la vía exclusivamente política, son detenidos “por tratar de reorganizar, bajo las directrices de ETA, Batasuna”, la formación política del nacionalismo radical prohibida, disuelta por el Tribunal Supremo; disolución más tarde ratificada por el Tribunal Constitucional. Resultaba paradójico, por emplear un término suave, que de una organización política disuelta por ser apéndice de la organización violenta se derivara una pena de prisión para los que estaban luchando, siempre por medios pacíficos, por la desaparición de la utilización de los medios violentos en la política<sup>55</sup>.

---

<sup>55</sup> Tras muchas incidencias en el ámbito de los tribunales, la Audiencia Nacional condenó a Otegi y Díez Usabiaga a 10 años de prisión y a otros tantos de inhabilitación para ocupar cargos públicos, por ser

En septiembre de 2010, la *Izquierda Abertzale*, con *Eusko Alkartasuna* y con *Aralar*, organizaciones con las que la primera había llegado a acuerdos, promueve una declaración en Gernika para que ETA declare una «tregua permanente y verificable». Y en enero de 2011 ETA declara la tregua en los términos en los que se la habían solicitado.

En febrero de 2011, Sortu, presentó sus estatutos públicamente en Bilbao; el nuevo partido de la Izquierda Abertzale, insistiendo en la negación de la violencia como medio político y reconociendo a todas las víctimas. Otegi, en prisión, fue elegido Secretario General. Se trataba del partido que ha resultado ser, por un lado, el integrador de la práctica totalidad del sector nacionalista radical y, por el otro, el agente que produjo la erradicación de la violencia armada del campo de la política.

Sin embargo, este partido, Sortu, no pudo competir como tal hasta las elecciones siguientes (municipales de 2011), por haberle denegado el Tribunal Supremo su inscripción en el Registro de Partidos en marzo del mismo año 2011, al considerarlo heredero del Batasuna (ilegalizado en 2003) y en estrecha relación con la violencia de ETA; posteriormente, en junio de 2012, el Tribunal Constitucional lo legalizó porque la sentencia del Tribunal Supremo había violado el derecho a la libertad de constitución de partidos políticos reconocido por la Constitución de 1978.

En mayo de 2011, el sector radical y ya fuera de la aceptación de los medios violentos, obtuvo el 25% de los votos en las elecciones municipales, el mejor resultado histórico de la opción nacionalista radical; resultado conservado en las elecciones municipales posteriores<sup>56</sup>. En las elecciones generales decae últimamente su cuota, debido fundamentalmente a la presentación de Podemos como nueva fuerza política que tiene especial éxito entre las jóvenes generaciones por su nivel de radicalidad y su capacidad de actuar en el ámbito general de la política española.

En 2011 ETA seguía manteniendo su tregua verificable, pero el 17 de octubre se celebra una Conferencia Internacional en Aiete, en la que un conjunto de personalidades extranjeras realizó una declaración, exigiendo a ETA el cese definitivo de la lucha armada; a esa declaración se adhirieron Jimmy Carter y Tony Blair. El 18, la Izquierda Abertzale aprueba totalmente la citada declaración y pide a ETA que cese toda actividad armada. El día 20 ETA comunica el cese definitivo de su actividad armada. Después de esta fecha no se han producido atentados<sup>57</sup>. E, incluso, tanto la IA como la propia ETA rechazaron actos como la quema de 8 autobuses públicos en Bilbao, acto llevado a card

---

dirigentes de ETA, como miembros del órgano de coordinación llamado *Bateragune*. Finalmente, en mayo de 2012, el Tribunal Supremo bajó las penas a 6 años, al considerar que no había razones para imputar a los condenados su pertenencia al citado órgano.

<sup>56</sup> En las elecciones generales decae últimamente su cuota, debido fundamentalmente a la presentación de Podemos como nueva fuerza política que tiene especial éxito entre las jóvenes generaciones por su nivel de radicalidad y su capacidad de actuar en el ámbito general de la política española.

<sup>57</sup> <http://www.elperiodico.com/es/lista-victimas-ETA.shtml>

por grupos críticos con el proceso de cese la violencia por parte de ETA<sup>58</sup>.

Pero hubo que esperar hasta el 3 de mayo de 2018 para que esta organización anunciara su disolución.

El nuevo partido de la Izquierda Abertzale, Sortu, creado por la corriente afín a Otegi, hizo en el proceso un esfuerzo importante para que los presos de ETA adoptaran la postura de aceptar las normas penitenciarias vigentes y se debilitara su lucha por conseguir una amnistía total por parte del Estado. De hecho, el frente interior a la Izquierda Abertzale más importante que tiene abierto Sortu es el de quienes buscan esa amnistía política final, siendo ATA<sup>59</sup> (Amnistia Ta Askatasuna) el movimiento más visible. Pero es de resaltar que este movimiento ni adopta las precedentes formas violentas de acción, ni entre sus objetivos está preconizar la vuelta de la lucha armada. Lo cual implica un fuerte sentimiento de seguridad con relación al carácter definitivo del proceso de paz. Sin embargo, el Gobierno español, en manos del Partido Popular desde diciembre de 2011, no hizo ningún esfuerzo para aminorar esta tensión entre estos partidarios de conseguir una amnistía políticamente decretada que sirviera de ritual de celebración y reconocimiento de la tarea política llevada a cabo por los presos de ETA y quienes, desde dentro de ese mundo radical propugnaban que esos presos se atuvieran a la vía legal española); que ese Gobierno no adoptara ciertas medidas de posible aplicación dentro de la legislación penitenciaria normal ha sido y es interpretado socialmente con frecuencia como la voluntad de ampliar la base electoral del PP fuera del País Vasco, por la vía del aumento de la crispación política dentro del territorio vasco.<sup>60</sup>

#### 4.4 *Un último apunte: La lucha por el relato de “la derrota”.*

En los momentos actuales<sup>61</sup> las diferentes tendencias políticas españolas pugnan por dejar institucionalizado un relato de *la derrota* de ETA. Lo que muestra la debilidad del carácter sagrado de la historia nacional de España: vascos y catalanes siguen manteniendo una pretensión cierta de ser independientes.

---

<sup>58</sup> <http://www.efe.com/efe/espana/politica/queman-ocho-autobuses-en-bizkaia-un-sabotaje-de-apoyo-a-presos-eta/10002-2752397>

<sup>59</sup> [https://politica.elpais.com/politica/2015/12/06/actualidad/1449434390\\_147333.html](https://politica.elpais.com/politica/2015/12/06/actualidad/1449434390_147333.html)

Una descripción actualizada de ATA, puede encontrarse en Iker Rioja Andueza, “La disidencia abertzale”, *eldiario.es*, 6 de junio de 2020.

<sup>60</sup> [https://politica.elpais.com/politica/2017/12/09/actualidad/1512837271\\_331790.html](https://politica.elpais.com/politica/2017/12/09/actualidad/1512837271_331790.html)

<sup>61</sup> *El País*, 5 de marzo de 2021, es una buena muestra de la lucha por la institucionalización española del relato de *la derrota*. El día anterior el presidente socialista del Gobierno había intentado una celebración brillante de esa *derrota*, pero “La destrucción de 1.400 armas de grupos terroristas se ve ensombrecida por las ausencias políticas”. <https://elpais.com/espana/2021-03-04/sanchez-recuerda-que-aun-qu...sobre-crimenes-de-eta-durante-la-destruccion-de-su-arsenal.html>; <https://elpais.com/espana/2021-03-04/hacia-una-paz-con-memoria.html>.

## **Referencias**

- Albrow, M. (1997); *The Global Age. State and Society Beyond Modernity*, Stanford, Cal., Stanford University Press.
- Aliende Urtasun, A. (1999); *Elementos fundantes de la identidad colectiva navarra*, Pamplona, Universidad Pública de Navarra.
- Altabella, P.P.; (1939); *El catolicismo de los nacionalistas vascos*, Madrid, Editora nacional.
- Anderson, B. (1983); *Imagined Communities*, London, Verso.
- Azkona, J., A. Gurrutxaga, A. Pérez-Agote, (1.985), *Límites geográfico-sociales del cuskera en Navarra*, Pamplona, Gobierno de Navarra.
- Barth, F. (1976); *Los grupos étnicos y sus fronteras*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Berger, P. y Luckmann, T. (1968); *La construcción social de la realidad*, Buenos Aires, Amorrortu.
- Connor, W. (1994); "Elites and Ethnonationalism: the case of Western Europe" in Beramendi, J.G., R. Máiz, y X. M. Núñez (eds.), *Nationalism in Europe. Past and Present*, Santiago de Compostela, Universidad de Santiago de Compostela, 349-361.
- Clark, R.P. (1979); *The Basques: The Franco Years and Beyond*, Reno, Nevada University Press.
- Clark, R.P. (1984); *The Basque Insurgents: ETA, 1952-1980*, Madison, The University of Wisconsin Press.
- Dore, R. (1992) Sovereign individuals. In: Hall JA and Jarvie IC (eds) *Transition to Modernity: Essays on Power, Wealth and Belief*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Durkheim, E. (1968), *Las Formas Elementales de la Vida Religiosa*, Buenos Aires, Schapire.
- Ekiert, G. and Kubik, J. (1999); *Rebellious Civil Society. Popular Protest and Democratic Consolidation in Poland, 1989-1993*, Ann Arbor, The University of Michigan Press.
- Eliade, M. (1973); *Lo sagrado y lo profano*, Madrid, Guadarrama.
- Emerson, R. (1960); *From Empire to Nation: The Rise of Self Assertion and African Peoples*, Cambridge, Harvard University Press.
- Foucault, M. (1992); *Microfísica del Poder*, Madrid, La Piqueta.
- Garmendia, J. M. (1980); *Historia de ETA*, San Sebastián, L. Haramburu.
- Gellner (1983); *Naciones y Nacionalismo*, Madrid, Alianza.
- Greenfeld, L. (1992); *Nationalism. Five roads to Modernity*, Cambridge-London, Harvard University Press.
- Iturralde, J. (1939), *El catolicismo y la Cruzada de Franco*, sin lugar, Egi-Indarra.

- Johnston, H. (1991), *Tales of Nationalism. Catalonia, 1939-1979*, New Brunswick, New Jersey, Rutgers University Press.
- Johnston, H. (1991a), “*Religio-nationalist Subcultures and Soviet Nationalisms: Comparisons and Conceptual Refinements*”, multicopiado.
- Kohn, H. (1949); *Historia del nacionalismo*, Mexico, Fondo de Cultura Económica.
- Mannheim, K. (1952); “The Problem of Generations”, in *Essays of the Sociology of Knowledge*, London, Routledge and Kegan Paul.
- Mauss, M. (1967); *Essais de Sociologie*, Paris, Minuit.
- Merton R. K. (1980); *Teoría y Estructura Sociales*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Moya, C. (1975); *El poder económico en España*, Madrid, Túcar.
- Nisbet, R.A. (1973); *The Quest for Community*, New York, Oxford University Press.
- Núñez, L.C. (1977); *La sociedad vasca actual*, San Sebastián, Txertoa.
- Parsons, J.T. (1974), *El sistema de las sociedades modernas*, Mexico, Trillas.
- Pérez-Agote, A. (1984); *La reproducción del nacionalismo. El caso vasco*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas-SigloXXI.
- Pérez-Agote, A. (1984a); “La religión en Durkheim y el problema del centro simbólico de la sociedad en la sociología actual”, en Rodríguez Zúñiga, L. Y Bouza, F. (eds.), 87 - 103.
- Pérez-Agote, A. (1989); “Cambio social e ideológico en Navarra (1936-1982). Algunas claves para su comprensión”, *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 46, pp.7-21.
- Pérez-Agote, A. (ed.) (1989); *Sociología del Nacionalismo*, Bilbao, Servicio Editorial Universidad del País Vasco.
- Pérez-Agote, A. (1994); “Modelo fenomenológico-genético para el análisis comparativo de la dimensión política de la identidad colectiva en el Estado de las autonomías”, en Beramendi, J.G., R. Máiz, X.M. Nuñez, (eds.), 1994, *Nationalism in Europe, Past and Present*, Santiago de Compostela, Universidad de Santiago de Compostela, 307-323.
- Pérez-Agote, A. (2006); *The Social Roots of Basque Nationalism*; Reno; University of Nevada Press, Reno
- Pérez-Agote, A. (2008); *Las raíces sociales del nacionalismo vasco*; Madrid, CIS.
- Pérez-Agote, A. (2018) “De la violencia política a la política convencional: los factores determinantes del proceso en Euskadi y su catalización”, in Isidro Sepúlveda (ed.), *Nación y nacionalismos en la España de las autonomías*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 327-352.
- Pérez-Agote, A. (2020); In Ramos Torre, R. y F. J. García Selgas. *Incertidumbres en las sociedades contemporáneas*, Madrid, CIS,
- Pérez-Agote, A.; B. Tejerina (1990), “Lengua y actor social. Un enfoque teórico de sus relaciones”, *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 49,



- Ramírez Goicoechea, E. (1984); “Cuadrillas en el País Vasco: identidad local y revitalización étnica”, *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, nº 25, 213-222.
- Ramírez Goicoechea, E. (1991), *De jóvenes y sus identidades. Socio-antropología de la etnicidad en Euskadi*, Madrid, CIS.
- Schutz, A. & T. Luckmann, 1977, *Las estructuras del mundo de la vida*, Amorrortu. Buenos Aires,
- Shils, E.A. (1975); *Center and Periphery. Essays in Macrosociology*, Chicago, The University of Chicago Press.
- Sullivan, J (1988); *ETA and Basque nationalism. The Fight for Euskadi (1890-1986)*, London and New York, Routledge.
- Tajfel, H. (1984); *Grupos Humanos y Categorías Sociales*, Barcelona, Herder.
- Tejerina, B. (1992); *Nacionalismo y lengua. Los procesos de cambio lingüístico en el País Vasco*, Madrid, CIS.
- Thomas, W.I. (1923); *The Unadjusted Girl*, Boston, Little Bown.
- Tiryakian, E. A. (1989); "Nacionalismo, modernidad y sociología", en Pérez-Agote, A. (ed.), 143-161.
- Turner, J.C. (1990); *Redescubrir el grupo social*, Madrid, Morata.
- Zulaika, J. (1988); *Basque Violence. Metaphor and Sacrament*, Reno, University of Nevada Press.